

TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN

LATÍN I

1ª EVALUACIÓN: MIRADA A 3 MITOS GRECOLATINOS (METAMORFOSIS)

2ª EVALUACIÓN: ENEIDA II

3ª EVALUACIÓN: ENEIDA IV

ÍNDICE GENERAL

I.- 1ª EVALUACIÓN: Mirada a 3 mitos grecolatinos:	5
I.1.- 1^{er} mito: Apolo y Dafne:	7
I.2.- 2º mito: Píramo y Tisbe:	11
I.3.- 3^{er} mito: Perseo y Andrómeda:	15
II.- 2ª EVALUACIÓN:	19
II.1.- Eneida II:	21
III.- 3ª EVALUACIÓN:	47
III.1.- Eneida IV:	49
IV.- PREGUNTAS DE LOS TRABAJOS:	71
IV.1.- Preguntas del trabajo de la 1ª evaluación:	71
IV.2.- Preguntas del trabajo de la 2ª evaluación:	71
IV.3.- Preguntas del trabajo de la 3ª evaluación:	71

ÍNDICE DEL TRABAJO DE LA 1ª EVALUACIÓN

MIRADA A 3 MITOS GRECOLATINOS

1^{er} mito: APOLO Y DAFNE (Metamorfosis I, 452-567):	7
1.1.- Proemio:	7
1.2.- El mito:	7
1.2.1.- El cabreo de Cupido:	7
1.2.1.1.- El motivo del cabreo de Cupido:	7
1.2.1.2.- Los efectos de las flechas de Cupido:	7
1.2.2.- Apolo enamorado:	8
1.2.2.1.- Los síntomas de amor:	8
1.2.2.2.- “Soy yo un dios”:	8
1.2.2.3.- Dafne huyente:	9
1.2.2.4.- Cacería de amor:	9
1.2.3.- La metamorfosis:	9
1.3.- Epílogo:	9
2º mito: PÍRAMO Y TISBE (Metamorfosis IV, 55-166):	11
2.1.- Proemio: Él y ella (y las odiadas familias):	11
2.2.- Mito:	11
2.2.1.- El amor de siempre:	11
2.2.2.- El plan de huida:	11
2.2.3.- Hízose el plan:	12
2.2.3.1.- Tisbe sale:	12
2.2.3.2.- Píramo sale:	12
2.2.3.3.- Píramo muere:	12
2.2.3.4.- Tisbe muere:	12
2.3.- Epílogo:	13
3^{er} mito: PERSEO Y ANDRÓMEDA (Metamorfosis IV, 663-752):	15
3.1.- Proemio: Perseo vuelve de matar a Medusa:	15
3.2.- El mito:	15
3.2.1.- Perseo ve a Andrómeda y se enamora:	15
3.2.2.- Andrómeda y el monstruo marino:	15
3.2.3.- El trato:	15
3.2.4.- La lucha entre Perseo y el monstruo marino:	16
3.3.- Epílogo: el triunfo:	16

1^{er} mito: APOLO Y DAFNE (Metamorfosis I, 452-567):

1.1.- Proemio: El primer amor de Apolo fue Dafne, la hija del río Peneo, y no fue producto del ciego azar, sino de la violenta cólera de Cupido.

1.2.- El mito:**1.2.1.- El cabreo de Cupido:**

1.2.1.1.- El motivo del cabreo de Cupido: A éste lo había visto Apolo, orgulloso de su victoria sobre la serpiente, doblando los extremos de su arco tirando de la cuerda, y le dijo: “*¿Qué tienes tú que ver, niño retozón, con las armas de los valientes? Llevar esa carga me cuadra a mí, que sé dirigir golpes infalibles a una fiera o a un enemigo, que hace poco he tendido por tierra, hinchada por mis innúmeras flechas, a Pitón, la alimaña que con su vientre venenoso oprimía tantas yugadas de tierra. Tú conténtate con estimular con tu antorcha no sé qué pasiones amorosas, y no trates de aspirar a la gloria que me es propia.*” A lo que respondió el hijo de Venus: “*Aunque tu arco atravesase todo lo demás, el mío te va a atravesar a ti, y en la misma medida en que todos los animales son inferiores a la divinidad, otro tanto es menor tu gloria que la mía*”.

Dijo, y batiendo las alas se abrió camino por los aires y fue raudo a detenerse en la sombreada cima del Parnaso, donde sacó de su aljaba portadora de flechas dos dardos de diferente efecto; el uno hace huir al amor, el otro lo produce. El que lo produce es de oro, y resplandece su afilada punta, el que lo hace huir es romo y tiene la caña guarnecida de plomo. Éste fue el que clavó el dios en la ninfa hija del río Peneo, mientras que con el otro hirió hasta la médula a Apolo después de atravesarle los huesos.

1.2.1.2.- Los efectos de las flechas de Cupido: En el acto queda el uno enamorado, huye la otra hasta del nombre del amor, y se complace en las espesuras de las selvas y en los despojos de las fieras que cautiva, émula de la virginal Diana; una cinta sujetaba sus cabellos abandonados en desorden. Muchos la pretendieron, pero ella rechaza a sus pretendientes y, libre de marido al que no soportaría, recorre los parajes más solitarios de los bosques y desdeña enterarse de lo que es el Himeneo, el Amor o el lazo conyugal. Muchas veces le dijo su padre: “*Un yerno me debes,*

hija". Muchas veces le dijo su padre: "*Me debes nietos, hija mía*". Ella, que odiaba como un crimen las antorchas nupciales, mostraba su bello rostro teñido de avergonzado rubor y, en los brazos acariciantes de su padre y colgada de su cuello, le decía: "*Concédeme, padre mío querido, poder disfrutar de una virginidad perpetua; también a Diana se lo concedió su padre.*" Él desde luego atendió a sus ruegos.

1.2.2.- Apolo enamorado:

1.2.2.1.- Los síntomas de amor: Pero a ti tu mismo atractivo te impide lograr lo que deseas, y tu hermosura se opone a tus anhelos. Apolo está enamorado, ha visto a Dafne y ansía unirse a ella; lo que ansía, espera conseguirlo, y le engañan sus propios oráculos. **Y como arden las pajas livianas una vez despojadas de las espigas, como se incendian los cercados por las antorchas que acaso un viandante ha acercado en demasía o abandonado al aproximarse el día, así se encendió en llamas el dios, así se quemaba su corazón entero y con sus esperanzas alimentaba un amor estéril.** Advierte que sus cabellos le caen por el cuello sin aliño y se dice: "*¿Y si se los peinara?*" Ve sus ojos que resplandecen como ascuas y semejantes a estrellas, ve su boca, que no basta con ver; se extasía con sus dedos y manos, con sus brazos y con sus antebrazos desnudos en más de la mitad; y las partes ocultas las supone mejores aún.

1.2.2.2.- "Soy yo un dios": Pero ella huye más veloz que la brisa ligera, y no se detiene a estas palabras con que él la llama: "*Ninfa, por favor, Peneide, deténte, no soy un enemigo que te persigo; detente, ninfa. Así huye la cordera del lobo, así la cierva del león, así las palomas, con las alas revoloteando, del águila, cada una de sus enemigos; el amor es el motivo que tengo para seguirte. ¡Desgraciado de mí! No vayas a caerte de bruces, no vayan las zarzas a señalar tus piernas que no merecen ser heridas, y no vaya yo a ser causante de tu dolor. Son fragosos los parajes por donde te precipitas; no corras tanto, yo te lo pido, y modera tu huida; también yo te seguiré más despacio. Pero entérate de a quién gustas; no es un habitante del monte, no soy un pastor, no un ser repelente que guarde aquí vacas o rebaños de ovejas. No sabes, temeraria, no sabes de quién huyes, y por eso huyes. A mí me obedecen como esclavas la tierra de Delfos y Claros y Tenedos y la residencia real de Pátara; Júpiter es mi padre, por mediación mía se revela tanto lo que será como lo que ha sido y lo que es; gracias a mí suena el canto*

en armonía con las cuerdas. Infalible es mi flecha, desde luego, pero hay una que lo es aún más que la mía, y que ha causado una herida en mi corazón antes intacto. Invento mío es la medicina, en todo el mundo se me llama auxiliador, y el poder de las hierbas me está sometido. ¡Ay de mí, porque ninguna hierba es capaz de curar el amor, y no sirven de nada a su señor las artes que sirven a todos los demás!”

1.2.2.3- Dafne huyente: Aún iba a seguir hablando cuando la Penea huyó a la carrera, despavorida, y al abandonarlo dejándolo con la palabra en la boca, aún entonces le pareció agraciada; el viento le descubría las formas, las brisas que se le enfrentaban agitaban sus ropas al choque, y un aura suave le empujaba hacia atrás los cabellos; con la huida aumentaba su belleza. Pero el joven dios no puede soportar por más tiempo dirigirle en vano palabras acariciantes, y, obedeciendo a los consejos de su mismo amor, sigue sus huellas en carrera desenfrenada.

1.2.2.4.- Cacería de amor: Cuando un perro de las Galias ha visto a una liebre en campo abierto, mientras él busca el botín con la ligereza de sus patas, la liebre busca la vida; el uno parece que va a hacer presa, espera conseguirlo de un momento a otro y con el hocico tendido va rozando las huellas, la otra está en la incertidumbre sobre si estará ya apresada, se arranca de las fauces mismas de su perseguidor y deja atrás el hocico que ya la tocaba; así corren veloces el dios y la muchacha, él por la esperanza, ella por el temor. Sin embargo el perseguidor, ayudado por las alas del amor, es más rápido, se niega el descanso, acosa la espalda de la fugitiva y echa su aliento sobre los cabellos de ella que le ondean sobre el cuello.

1.2.3.- La metamorfosis: Agotadas sus fuerzas, palideció; vencida por la fatiga de tan acelerada huida, mira a las aguas del Peneo y dice: “*Socórreme, padre, si los ríos tenéis un poder divino, destruye, cambiándola, esta figura por la que he gustado en demasía*”.

Apenas acabó su plegaria cuando un pesado entorpecimiento se apodera de sus miembros; sus suaves formas van siendo envueltas por una delgada corteza, sus cabellos crecen transformándose en hojas, en ramas sus brazos; sus pies un momento antes tan veloces quedan inmovilizados en raíces fijas; una arbórea copa posee el lugar de su cabeza; su esplendente belleza es lo único que de ella queda.

1.3.- Epílogo: Aún así sigue Apolo amándola, y apoyando su mano en el tronco

percibe cómo tiembla aún su pecho por debajo de la corteza reciente, y estrechando en sus brazos las ramas, como si aún fueran miembros, besa la madera; pero la madera huye de sus besos. Y el dios le habla así: *“Está bien, puesto que ya no puedes ser mi esposa, al menos serás mi árbol; siempre te tendrán mi cabellera, mi cítara, mi aljaba; tú acompañarás a los caudillos alegres cuando alegre voz entone el Triunfo y visiten el Capitolio los largos desfiles. También tú te erguirás ante la puerta de la mansión de Augusto, como guardián fidelísimo, protegiendo la corona de encina situada entre ambos quicios; y del mismo modo que mi cabeza permanece siempre juvenil con su cabellera intacta, lleva tú también perpetuamente el ornamento de las hojas.”* Terminó de hablar Apolo; el laurel asintió con sus ramas recién hechas, y parecía que, como cabeza, agitaba su copa.

2º mito: *PÍRAMO Y TISBE* (Metamorfosis IV, 55-166):

2.1.- Proemio: *Él y ella (y las odiadas familias)*: Píramo y Tisbe, el uno el más bello de los jóvenes, la otra sobresaliente entre las muchachas que tenía el Oriente, ocupaban dos casas contiguas, allí donde se dice que *la reina* Semíramis ciñó de muros de tierra cocida su elevada ciudad. La vecindad les hizo conocerse y dar los primeros pasos; con el tiempo creció el amor; ellos habrían querido celebrar la legítima unión de la antorcha nupcial, pero se opusieron los padres; sin embargo, y a eso no podían oponerse, por igual ardían ambos con cautivos corazones. Ningún confidente hay entre ellos, por señas y por gestos se hablan, y cuanto más ocultan el fuego, más se enardece el fuego oculto. La pared medianera de ambas casas estaba hendida por una delgada grieta que se había producido antaño, durante su construcción. El defecto, que nadie había observado a lo largo de los siglos --¿qué no notará el amor?-- vosotros, amantes, fuisteis los primeros en verlo, y lo hicisteis camino de vuestra voz, y así solían pasar seguras a su través, y en tenue cuchicheo, vuestras ternezas.

2.2.- *Mito*:

2.2.1.- *El amor paciente, día a día*: Muchas veces, cuando de una parte estaba Tisbe y de la otra Píramo, y habían ellos percibido mutuamente la respiración de sus bocas, decían: “*Pared envidiosa, ¿por qué te alzas como obstáculo entre dos amantes? ¿Qué te costaba permitirnos unir por entero nuestros cuerpos, o, si eso es demasiado, ofrecer al menos una abertura para nuestros besos? Pero no somos ingratos, confesamos que te debemos el que se haya dado a nuestras palabras paso hasta los oídos amigos.*” Y después de hablar así en vano y separados como estaban, al llegar la noche se dijeron adiós, y dio cada uno a su parte besos que no llegaron al otro lado.

2.2.2.- *El amor impaciente, plan de huida*: La aurora siguiente había ahuyentado las nocturnas luminarias, y el sol había secado con sus rayos las hierbas cubiertas de escarcha; se reunieron en el lugar de costumbre. Y entonces, después de muchos lamentos murmurados en voz baja, acuerdan hacer en el silencio de la noche la tentativa de engañar a sus guardianes y salir de sus puertas, y, una vez que estén fuera de sus hogares, abandonar también los edificios de la ciudad; y, para evitar el riesgo de extraviarse en su marcha por los anchos campos, reunirse junto al sepulcro de Nino y ocultarse a la sombra del árbol. Un árbol había allí, cuajado de

frutos blancos como la nieve, un erguido moral, situado en las proximidades de un frío manantial. Este plan adoptan; y la luz del día, que les pareció tardar en alejarse, se arroja a las aguas, y de las mismas aguas sale la noche.

2.2.3.- Hízose el plan:

2.2.3.1.- Tisbe sale: Hábilmente en medio de las tinieblas hace Tisbe girar la puerta en su quicio, sale, engaña a los suyos, con la cara tapada llega a la tumba, y se sienta bajo el árbol convenido; el amor la hacía atrevida. He aquí que llega una leona con el hocico espumeante embadurnado de sangre de unos bueyes que acaba de matar, y con la intención de apagar su sed en las aguas de la vecina fuente. La babilonia Tisbe la vio de lejos, a los rayos de la luna y con pasos asustados huyó a una oscura cueva; y al huir, cayó de su espalda un velo que dejó abandonado. Una vez que la feroz leona hubo aplacado con abundante agua su sed, al volver al bosque se encontró el tenue velo sin su dueña, y con su boca ensangrentada lo desgarró.

2.2.3.2.- Píramo sale: Píramo salió más tarde, vio en el espeso polvo huellas seguras de una fiera, y palideció su semblante entero; pero cuando encontró también la prenda teñida en sangre, dijo: *“Una sola noche acabará con los enamorados, de los dos, ella era la más digna de una larga vida, mientras que mi alma es culpable; yo he sido quien te he perdido, infortunada, yo que te he mandado venir de noche a un lugar terrorífico, y no he venido aquí el primero. Despedazad mi cuerpo y devorad a fieros mordiscos estas vísceras criminales, oh leones todos que habitáis bajo esta roca. Pero es de cobardes desear la muerte”*.

2.2.3.3.- Píramo muere: Coge del suelo el velo de Tisbe, lo lleva consigo a la sombra del árbol de la cita, y después de dar lágrimas y besos a la conocida prenda, dice: *“Recibe ahora también la bebida de mi sangre”*. **Y hundió en sus ijares el hierro que llevaba al cinto, y sin tardanza se lo arrancó, moribundo ya, de la ardiente herida quedando tendido en tierra boca arriba; la sangre salta a gran altura, no de otro modo que cuando en un tubo de plomo deteriorado se abre una hendidura, que por el estrecho agujero que silba lanza chorros de agua y rasga el aire con su persecución.** Los frutos del árbol toman, por las cruentas salpicaduras, un tinte oscuro, y la raíz, humedecida en sangre, matiza de color de púrpura las moras que cuelgan.

2.2.3.4.- Tisbe muere: He aquí que, sin estar libre de miedo todavía, pero para no hacer defeción a su amante, vuelve ella, busca al joven con los ojos y con el alma, y arde en deseos de contarle el enorme peligro de que se ha librado, y si bien reconoce el lugar y la forma del árbol que ha visto, con todo la hace dudar el color del fruto; quédase perpleja sobre si será el mismo árbol. Mientras vacila, ve que unos miembros temblorosos palpitan sobre el suelo ensangrentado; retrocedió, y con el semblante más pálido que el boj sufrió un estremecimiento semejante al del mar que susurra cuando una leve brisa roza su superficie. Mas una vez que, poco después, reconoció a su amor, se maltrata con sonoros golpes los brazos que no lo merecían, se arranca los cabellos, y abrazando el cuerpo amado inundó de lágrimas sus heridas y mezcló su llanto con la sangre; y estampando sus besos en el rostro helado gritó: *“Píramo, ¿qué desventura me ha dejado sin ti? Píramo, respóndeme; es tu adorada Tisbe quien te llama; escúchame y yergue tu cabeza abatida”*. Al nombre de Tisbe levantó Píramo los ojos, sobre los que gravitaba ya la muerte, y después de verla a ella los volvió a cerrar. Cuando ella reconoció su prenda, y vio el marfil desprovisto de su espada, exclamó: *“¡Tu propia mano te ha dado muerte y tu propio amor, infortunado! Para esto sólo tengo yo también una mano fuerte, y tengo también amor que me dará fuerzas para herirme. Iré tras de ti que ya has perecido, y de tu muerte se dirá que he sido yo trágica causa y compañera; y tú, a quien sólo la muerte ¡ay! podía arrancarme, ni aun la muerte podrá arrancarte de mí. Una cosa sin embargo os han de pedir las súplicas de los dos, oh infelicitísimos padres mío y suyo, que a aquellos a quienes unió un fiel amor y la última hora, no les rehuséis ser sepultados en la misma tumba. Y tú, árbol que con tus ramas das sombra ahora al pobre cuerpo de uno solo, pero pronto la darás a los de los dos, conserva las señales de nuestra ruina, y ten siempre frutos negros y propios para el luto, en memoria de nuestra doble sangre”*. Dijo, y colocando la punta de la espada bien por debajo de su pecho, se dejó caer sobre el hierro que aún estaba tibio de la otra sangre.

2.3.- Epílogo: Sus súplicas conmovieron a los dioses, conmovieron a los padres; pues el color del fruto, una vez que está bien maduro, es negruzco, y lo que resta de sus piras descansa en una única urna.

3^{er} mito: PERSEO Y ANDRÓMEDA (Metamorfosis IV, 663-752):

3.1.- Proemio: Perseo sale volando: El lucero tan brillante, recuerdo de labores, había salido en el alto cielo; Perseo ata sus pies de una y otra parte a las retomadas alas y ciñe la curva espada e hiende el líquido aire con sus batidas sandalias.

3.2.- El mito:

3.2.1.- Perseo ve a Andrómeda y se enamora: Dejados innúmeros pueblos a su alrededor y debajo, contempla los pueblos de los Etíopes y los campos de Cefeo. Allí el injusto Amón había ordenado que Andrómeda inmerecida pagara las culpas de la lengua materna. En cuanto a Andrómeda vio el Abántida atada por sus brazos a las duras rocas (a no ser porque una ligera brisa sus cabellos había movido y manaban sus ojos un tibio llanto, hubiera pensado que era obra de mármol) inconsciente contrae pasión y se queda pillado, arrebatado por la imagen de la belleza vista casi se olvidó de batir sus alas en el aire. Cuando se paró: “*¡Oh, -dijo- no digna de cadenas, sino de aquellas con las que entre sí se unen los amantes deseosos!, dime a mí que me intereso tu nombre y el de tu tierra y por qué llevas cadenas*”.

3.2.2.- Andrómeda y el monstruo marino: Al principio calla ella y no se atreve a hablar, doncella, a un varón y hubiera ocultado su pudoroso rostro con las manos si no hubiera estado atada. Llenó sus ojos, lo que pudo hacer, de lágrimas brotadas. Al que le instaba muy repetido y para que no pareciera confesar delitos suyos, su nombre y el de su tierra y cuánta había sido la confianza de su madre en su belleza le cuenta y todavía no mencionado todo, el oleaje sonó y sobresale del inmenso mar una bestia que se acerca e invade el ancho mar bajo su pecho.

3.2.3.- El trato: Grita la muchacha; el padre entristecido y juntamente la madre están presentes, ambos desgraciados, pero más justamente ella. Y no traen consigo ayuda, sino llantos dignos a la ocasión y lamento; se abrazan al cuerpo encadenado cuando así dice el extranjero: “*Mucho tiempo de lágrimas podrá quedaros; para la acción que ha de hacerse es breve el tiempo. A esta yo, si la pidiera, yo Perseo, nacido de Júpiter y de aquella que encerrada Júpiter encintó con su oro fecundo, Perseo, vencedor de la Gorgona de cabellera de serpinetes y atreviéndome a ir por los aires etéreos con sus alas batidas, sería*

preferido yerno a todos ciertamente. Pretendo añadir a tanta dote también una paga, tan solo que los dioses me favorezcan: acuerdo que sea mía salvada por mi valor". Aceptan el trato (¿pues quién dudaría?) Y se lo ruegan y le prometen los padres además un reino como dote.

3.2.4.- La lucha entre Perseo y el monstruo marino: He aquí, como una nave instada por su espolón delantero surca las aguas llevada por los sudantes brazos de jóvenes, así la fiera, hendidas las olas al impulso de su pecho, distaba tanto de la roca cuanto la honda balear puede enviar el plomo giratorio por medio del cielo, cuando de pronto el joven, impulsada la tierra por sus pies, subió alto a las **nubes**. Cuando en la superficie del mar se vio la sombra del varón, la fiera se enfureció en la sombra vista. Y como el ave de Júpiter cuando ve en el campo abierto una serpiente que ofrece al sol Febo su espalda amoratada, la coge por detrás y, para que no revuelva su cruel boca, clava sus ávidas uñas en el escamoso cuello, así, el Ináquida lanzado de cabeza en rápido vuelo a través del aire, agarró la espalda de la fiera y en el lomo derecho de la que rugió hundió el hierro hasta la curva empuñadura.

Herida por la profunda herida, ora alta se levanta a los aires, **ora se recuesta en las aguas, ora se revuelve tal feroz jabalí al que la turba resonante de perros aterra**. Él evita los ávidos mordiscos con sus veloces alas y por donde se le ofrece, con su espada hocera fustiga ahora el lomo sembrado por arriba de cóncavas conchas, ahora las costillas de los costados, ahora por donde la delgadísima cola acaba en pez. La bestia por la boca vomita oleajes mezclados con sangre purpúrea; las alas se empaparon pesadas de rociaduras; Perseo, no atreviéndose a confiar más en sus sandalias bebedoras, vio un saliente que sobresale en las aguas quietas por su más alto pico, que se queda cubierto por las aguas removidas; apoyado allí y sujetando con la izquierda el primer pico de la roca introdujo el hierro por tres o cuatro veces por los ijares repetidos.

3.3.- Epílogo: el triunfo: Un clamor con aplauso llenó los litorales y las elevadas moradas de los dioses; se gozan y saludan al yerno y socorro y salvador de su casa lo reconocen los padres, Casiopea y Cefeo. Avanza la muchacha libre de cadenas, precio y causa del esfuerzo. Él mismo lava sus manos con agua sacada y, para que la dura arena no dañara la cabeza portaserpientes, suaviza el suelo con hojas y extiende tallos nacidos bajo el agua y pone la cabeza de la Forcínide Medusa. El tallo reciente y hasta ahora vivo en su empapada médula robó el poder del

monstruo y se endureció con el tacto de este y tomó nueva rigidez en sus ramas y hojas. Entonces las ninfas del mar prueban el hecho admirable en muchos tallos y se gozan de que pase lo mismo y repiten las semillas de ellos lanzados por las olas. Ahora también permaneció la misma naturaleza en los corales, que toman dureza con el tacto del aire y lo que era alga en el agua, se hace roca sobre el agua.

ÍNDICE DEL TRABAJO DE LA 2ª EVALUACIÓN

ENEIDA II: EL CABALLO DE TROYA

I.- ENEAS COMIENZA EL RELATO:	21
II.- EL CABALLO DE TROYA:	21
II.1.- Los griegos no están y aparece un enorme caballo de madera:	21
II.2.- La artimaña de Sinón:	22
II.2.1.- Aparece Sinón:	22
II.2.2.- Los troyanos, engañados, perdonan a Sinón:	25
II.2.3.- El porqué del caballo de madera:	25
II.3.- La muerte de Laocoonte:	27
II.4.- Introducen el caballo en Troya:	28
III.- LA CAÍDA DE TROYA:	28
III.1.- Los griegos salen del caballo:	28
III.2.- El fantasma de Héctor se aparece a Eneas:	29
III.3.- El combate por las calles de Troya:	30
III.3.1.- Cae Troya:	30
III.3.2.- La muerte del griego Andrógeo:	32
III.3.3.- Casandra, ¡ay, mi Casandra!:	33
III.4.- El combate en el palacio del rey Príamo:	34
III.4.1.- Desde el tejado al suelo:	34
III.4.2.- Pirro, el inmerecedor hijo de Aquiles:	35
III.4.3.- La muerte de Príamo:	36
IV.- CAMINO AL EXILIO:	37
IV.1.- Eneas ve a Helena de Troya:	37
IV.2.- Afrodita aconseja huir a Eneas:	38
IV.3.- Eneas se dirige a su casa. Anquises se niega a huir:	39
IV.4.- Un prodigio hace cambiar de opinión a Anquises:	41
IV.5.- Eneas se dirige al punto de encuentro:	42
IV.6.- Eneas va en busca de Creúsa:	43
IV.7.- Comienza el exilio:	44

I.- ENEAS COMIENZA EL RELATO:

Todos callaron y atentos mantenían su mirada;
así el padre Eneas comenzó desde su alto lecho:

II.- EL CABALLO DE TROYA:

II.1.- Los griegos no están y aparece un enorme caballo de madera:

Un dolor, reina, me mandas renovar innumerable,
cómo las riquezas troyanas y el mísero reino
5 destruyeron los Dánaos, y tragedias que yo mismo he visto
y de las que fui parte importante. ¿Quién, eso narrando,
de los mirmidones o dólopes o soldado del cruel Ulises
no contendría las lágrimas? Y ya la húmeda noche del cielo
baja y al caer las estrellas invitan al sueño.
10 Mas si tanta es tu ansia de conocer nuestra ruina
y en breve de Troya escuchar la fatiga postrera,
aunque mi ánimo se eriza al recordar y huye del llanto,
empezaré. Quebrados por la guerra y por el hado rechazados
los jefes de los Dánaos al pasar ya tantos los años,
15 como una montaña un caballo con arte divina de Atenea
levantan, tejiendo sus flancos con tablas de abeto;
lo fingen un voto por el regreso; así la noticia se extiende.
Escogidos a suerte, a escondidas aquí los guerreros
encierran en el ciego costado y hasta el fondo llenan
20 las cavernas enormes de la panza con hombres en armas.
Enfrente está Tenedos, isla de bien conocida
fama, rica en recursos al estar en pie de Príamo el reino,
hoy sólo un golfo y un puerto del que los barcos desconfían:
lanzados aquí en la playa desierta se ocultan;
25 pensamos que, idos, andaban buscando Micenas al viento.
Así toda Troya se vio libre al fin de un duelo ya largo;
se abren las puertas, da gusto pasear contemplando
las tiendas de los Dorios y ver desierto el lugar y la playa vacía:
aquí la tropa de los Dólopes, aquí Aquiles cruel acampaba;
30 aquí el lugar de los barcos, aquí en formación peleaban.

Unos sin habla contemplan de Atenea fatal el regalo,
 asombrados del tamaño del caballo, y el primero Timetes
 ordena pasarlo a los muros y ponerlo en lo alto,
 bien por engaño, bien que ya así lo cantaba el destino de Troya.
 35 Capis no obstante y los de mejor opinión en la mente
 nos mandan arrojar al mar la trampa del Dánao
 y el extraño presente y quemarlo con fuego debajo,
 o perforar los huecos de su panza buscando escondrijos.
 Dudosa entre dos pareceres se divide la gente.

40 Allí, el primero de todos seguido de gran compañía
 baja Laocoonte encendido de lo alto de la fortaleza,
 y a lo lejos: *“¡Qué locura tan grande, pobres ciudadanos!
 ¿Del enemigo pensáis que se ha ido? ¿O creéis que los Dánaos
 pueden hacer regalos sin trampa? ¿Así conocemos a Ulises?
 45 O encerrados en esta madera ocultos están los aqueos,
 o contra nuestras murallas se ha levantado esta máquina
 para espiar nuestras casas y caer sobre la ciudad desde lo alto,
 o algún otro engaño se esconde: teucros, no os fiéis del caballo.
 Sea lo que sea, temo a los Dánaos incluso ofreciendo regalos.”*
 50 Luego que habló con gran fuerza una lanza enorme
 disparó contra el costado y contra el vientre curvo de tablones.
 Se clavó aquélla vibrando y en la panza sacudida
 resonaron las cuevas y lanzaron su gemido las cavernas.
 Y, si los hados de los dioses, si nuestra mente no hubiera sido esquiva,
 55 nos habría llevado a horadar los escondites de Argos,
 y Troya ahora se alzaría y la fortaleza de Príamo..., tú permanecerías alta.

II.2.- La artimaña de Sinón:

II.2.1.- Aparece Sinón:

Y hete aquí que a un joven atado a la espalda de manos
 con gran griterío ante el rey arrastraban los pastores
 Troyanos, que, desconocido, a los que lo hallaron
 60 se entregó para urdir todo esto y abrir Troya a los griegos,
 confiado de ánimo y para ambas tareas dispuesto,

o para tramar sus engaños, o para marchar a una muerte segura.
De todas partes acude con ganas de verle
y compite la juventud troyana en burlarse del preso.

65 Escucha ahora las trampas de los Dánaos y por el crimen de uno
conócelos a todos.

Pues cuando en medio del corro, turbado y sin armas,
se detuvo y miró con sus ojos las tropas de Frigia

70 *“¡Ay! ¿Qué tierra ahora -dijo-, qué mares me pueden
acoger? ¿O qué queda por fin para mí desgraciado,
que no tengo siquiera un lugar con los Dánaos y encima
los hostiles Dardánidas mi castigo reclaman con sangre?”*

Con este lamento cambió nuestros ánimos y todas
las ganas. Le pedimos que cuente de qué sangre viene,
75 y qué lo trae; que nos diga cuál es, prisionero, su confianza.

77 *“Toda ciertamente a ti, rey, pase lo que pase, te diré
la verdad -dijo-, y no negaré que soy de la gente de Argos.
Esto lo primero, y que, si Fortuna forjó a un Sinón desgraciado,
80 no lo hará también, malvada, vano y mentiroso.*

*Puede que haya llegado a tus oídos hablando
de Palamedes Belida el nombre y la fama
gloriosa, a quien los griegos con trampas
siendo inocente, con falsas pruebas porque vetaba sus guerras,
85 a la muerte enviaron y hoy le lloran de la luz privado.*

*Como acompañante suyo y cercano en la sangre mi padre,
al ser pobre, desde el principio de todo aquí a la guerra me envió.
Mientras incólume estaba en el poder y fuerza tenía en las reuniones
de reyes, también nosotros algún nombre y honra*

90 *logramos. Luego que la envidia del tramposo Ulises
(no cosas extrañas os cuento) lo arrojó de las riberas del día,
arrastraba afligido mi vida en tinieblas y llanto
y en mi interior me indignaba del inocente amigo la muerte.*

95 *Y no callé, loco, y, a poco que el hado quisiera,
si alguna vez regresaba vencedor a Argos, mi patria,
juré que sería su vengador y un odio amargo moví con mis palabras.
De ahí la pendiente primera de mi mal, de ahí siempre Ulises
a aterrarme con nuevos crímenes, de ahí a lanzar voces*

ambiguas al pueblo y a buscar a propósito guerra.

100 *Y no paró, así, hasta que auxiliado por Calcante...,
pero ¿a qué fin doy vueltas en vano a tanta amargura
o a qué me detengo? Si en una misma fila tenéis a todos los aqueos,
ya habéis escuchado bastante, cumplid ahora mismo el castigo;
que así lo querría el de Ítaca y en mucho os tendrían los Atridas”*

105 *Pero entonces ardemos por saber e investigar las causas,
ignorantes de crímenes tan grandes y de la maña griega.
Tembloso prosigue y habla con pecho fingido:*

*“A menudo, abandonando Troya, los Dánaos ansiaron
preparar la fuga y agotados dejar una guerra tan larga.
110 ¡Así lo lograrán! A menudo en el mar les frenó
la dura tormenta y el Austro frustró su partida.
Y justo cuando ya aquí tejido de tablas de arce
se alzaba el caballo, por todo el cielo restalló la tormenta.
Intrigados enviamos a indagar de Febo el oráculo
115 a Eurípilo, quien nos trae de su templo estas tristes palabras:
‘Con sangre aplacasteis al viento y matando a una virgen,
Dánaos, el día que a estas costas ilíacas vinisteis;
con sangre debéis procurar el retorno y con el sacrificio
de un alma de Argos.’ En cuanto esta voz llegó a los oídos del pueblo,
120 se suspendieron los ánimos y un helado temblor recorrió lo hondo
de los huesos, a quién designaban los hados, a quién pide Apolo.
En esto el de Ítaca con gran gentío al adivino Calcante
arrastra al centro; y cuál sea esa voluntad de los dioses
le pide. Y muchos ya me cantaban a mí
125 el crimen cruel del tramposo, y callados veían mi futuro.
Diez días calla aquél y escondido se niega
a señalar a nadie con su voz y mandarlo a la muerte.
A la fuerza, por fin, empujado por el de Ítaca con grandes gritos,
rompe de acuerdo con él su silencio y me envía hacia el ara.
130 Estuvieron todos de acuerdo y, lo que cada cual para sí se temía,
convertido en la ruina de uno solo soportaron.
Y ya había llegado el día nefando. Ya se me habían dispuesto
las harinas saladas y las cintas en torno a mis sienas.*

135 *De la muerte escapé, lo confieso, y rompí mis cadenas*
y en la oscuridad de la noche me escondí entre la ova
de un lago limoso mientras se hacían a la mar,
si acaso lo hacían. Y no hay ya para mí alguna esperanza
de volver a ver mi antigua patria ni a mis dulces hijos
o a mi padre añorado, a cuantos aquéllos quizá
140 *hagan pagar nuestra huida y expiarán con su muerte mi culpa.*
Por eso, por los dioses y los númenes que saben la verdad,
por la fe sin tacha, si es que alguna queda entre los mortales,
te suplico, compadécete de fatigas tan grandes,
compadécete de un corazón que sufre lo que no merece.”

II.2.2.- Los troyanos, engañados, perdonan a Sinón:

145 Por sus lágrimas le salvamos la vida y nos compadecemos encima.
 Y Príamo mismo ordena el primero quitarle las esposas
 y las apretadas ligaduras y así le dice con palabras de amigo:

“Seas quien seas, olvida desde ahora a los griegos que dejaste
 (serás nuestro) y dime la verdad que te pregunto:
150 ¿A qué levantaron esta mole de inmenso caballo? ¿Quién su autor?
 ¿O qué pretenden? ¿Es algún voto? ¿O alguna máquina de guerra? ”

II.2.3.- El porqué del caballo:

Había dicho. Y aquél en trampas experto y en la maña pelasga
 levantó a las estrellas sus palmas libres de cadenas:
 “A vosotras, llamas eternas, y a vuestro numen inviolable
155 *por testigos os pongo -dice-, a vosotros, altares y nefandas espadas*
de los que huí, y cintas de los dioses que llevé al sacrificio:
permitidme romper los sagrados juramentos de los griegos,
permitidme odiar a esos hombres y poner todo en claro,
todo cuanto ocultan. Que ninguna ley de la patria me ata.
160 *Tú sólo mantén tus promesas y si tú, Troya, te salvas,*
respetas tu palabra si te digo verdad, si te entrego cosas importantes.
De los Dánaos toda la esperanza y la fe de la guerra emprendida
residió siempre en la ayuda de Atenea. Ahora bien,

- desde que Ulises el inventor de crímenes y el hijo de Tideo
165 osaron sacar del templo consagrado el fatal Paladio
dando muerte a los guardianes de la fortaleza escarpada,
robaron la sagrada imagen y con manos de sangre
se atrevieron a mancillar de la diosa las cintas benditas,
desde aquello, bajaron las esperanzas de los Dánaos,
170 quebradas sus fuerzas, vuelta de espaldas la voluntad de la diosa.
Y con prodigios no dudosos dio señas de eso Atenea.
Apenas colocaron la estatua en el campo: llamas brillantes
ardieron en sus ojos encendidos y un salado sudor
cayó de sus miembros y tres veces sola se alzó
175 (asombra decirlo) del suelo con su escudo y la lanza agitando.
Se apresura Calcante a decir que probemos la huida por mar
y que no puede Pérgamo abrirse a las flechas argólicas
si no buscan de nuevo augurios en Argos y otra vez traen
con el mar y las curvas naves el numen que un día trajeron.
180 Y ahora que con el viento han buscado la patria Micenas,
armas y dioses tratan de ganarse y llegarán de improviso,
surcando el mar de nuevo; así ve el futuro Calcante.
Advertidos levantaron esta estatua por el numen herido,
por el Paladio, para expiar el crimen funesto.
185 Y mandó Calcante construir esta inmensa mole
y tejiendo sus tablas levantarla hasta el cielo,
para que entrar no pudiera por las puertas ni cruzar las murallas,
ni proteger a vuestro pueblo bajo su antiguo poder.
Pues si vuestra mano violase el don de Minerva,
190 una gran maldición sobre el reino de Príamo
y sobre los frigios caería (los dioses la vuelvan antes contra ellos).
Pero si por vuestras manos subiera hasta vuestra ciudad,
Asia caería en guerra terrible sobre las murallas de Pélope,
y ésa sería la suerte reservada a nuestros nietos.”
- 195 Resultaba creíble la cosa con tales insidias y la maña
del perjuro Sinón, y capturó con trampas y lágrimas
a quienes ni el Tidida ni Aquiles de Larisa
lograron domar, ni diez años, ni miles de barcos.

II.3.- La muerte de Laocoonte:

200 En ese momento un nuevo prodigio mucho más terrible
aparece ante los desgraciados y turba sus pechos confiados.
Laocoonte, sacado a suertes sacerdote de Neptuno,
degollaba en su ara festiva un toro tremendo.
Y mira por dónde (me muero al contarlo), dos grandes serpientes
se lanzan al mar desde Ténedos por la quieta llanura
205 con curvas inmensas y buscan la costa a la vez;
sus pechos se levantan entre las olas y con crestas
de sangre asoman en el agua, el resto se dibuja
en el mar y retuerce sus lomos enormes en un torbellino.
Suenan el silbido en la sal espumante, y ya a tierra llegaban
210 e inyectados en sangre y en fuego sus ojos ardientes,
sacudían sus bocas silbantes vibrando las lenguas.
Escapamos exangües ante la visión. Aquéllas en ruta certera
buscan a Laocoonte, y primero los pequeños cuerpos
de sus dos hijos rodean ambas con su abrazo
215 y a mordiscos devoran los desgraciados miembros,
se abalanzan después sobre aquél, que acudía en su ayuda
con las flechas, y abrazan su cuerpo en monstruosos anillos, y ya
en dos vueltas lo tienen agarrado rodeándole el cuello con sus cuerpos
de escamas, y sacan por encima la cabeza y las altas cervices.
220 Él trata a la vez con las manos de deshacer los nudos,
con las cintas manchadas de sangre seca y negro veneno,
a la vez lanza al cielo sus gritos horrendos,
como los mugidos cuando escapa herido del ara
el toro sacudiendo de su cerviz el hacha que erró el golpe.
225 Se escapan luego los dragones gemelos hacia el alto santuario
y buscan el alcázar de la cruel Tritónide
y bajo los pies de la diosa, bajo el círculo de su escudo se esconden.
Entonces fue cuando se asoma a los pechos temblorosos
de todos un nuevo pavor y se dice que Laocoonte había pagado
230 su crimen por herir con su lanza la madera sagrada
y llegar a clavar en su lomo la lanza asesina.
Gritan que hay que buscar un lugar a la efigie y orar
el numen de la diosa.

II.4.- Introducen el caballo en Troya:

Rompemos los muros y de la ciudad abrimos las murallas.
 235 Se aprestan todos a la tarea y ruedas a los pies
 ponen y a su cuello cuerdas de estopa
 tienden; atraviesa los muros el ingenio fatal,
 preñado de armas. A su lado los mozos y las doncellas
 cantan sus himnos y gózanse si pueden tocar con su mano la cuerda;
 240 entra aquél y se desliza, amenazante, hasta el centro de la ciudad.
 ¡Ay, patria! ¡Ay, Ilíon, morada de dioses, y muros famosos
 por la guerra dardánida! Cuatro veces en el umbral de la puerta
 se detuvo y otras cuatro veces sonaron en la panza las armas.
 Insistimos, sin embargo, inconscientes y ciegos de frenesí
 245 y colocamos en lo más santo de la fortaleza el monstruo funesto.
 Aún entonces Casandra para mostrarnos el futuro abrió
 su boca, nunca creída por los Troyanos por mandato de Apolo.
 ¡Pobres de nosotros! Era aquel nuestro último día
 y adornamos con festivas guirnaldas los templos de la ciudad.

III.- LA CAÍDA DE TROYA:

III.1.- Los griegos salen del caballo:

250 Gira el cielo entretanto y la noche cae al Océano
 envolviendo en su abrazo de sombra la tierra y el polo
 y el engaño de los mirmidones. Repartidos por los muros los Troyanos
 callaron; el sopor abraza sus miembros cansados.
 Y ya la falange Argiva en naves en formación avanzaba
 255 desde Ténedos entre el silencio amigo de la luna callada,
 buscando la conocida playa, cuando la nave capitana las antorchas
 encendió y, protegido por los hados injustos de los dioses,
 a los Griegos encerrados en el útero y en el pino a escondidas
 libera los cerrojos Sinón. Abierto a las brisas, el caballo
 260 devuelve a aquéllos y alegres se lanzan de la hueca madera
 los jefes Tesandro y Esténelo y el cruel Ulises
 bajando por la cuerda tendida, y Acamante y Toante
 y el Pelida Neoptólemo y Macaonte el primero,

y Menelao y Epeo, el propio urdidor de la trampa.
 265 Invaden la ciudad sepultada en sueño y vino;
 son muertos los guardias, y por las puertas abiertas a todos
 los compañeros reciben y se reúnen los ejércitos cómplices.

III.2.- El fantasma de Héctor se aparece a Eneas:

Era el tiempo en que llega el descanso primero a los hombres
 cansados y se nos mete dentro, gratísimo regalo de los dioses.
 270 En sueños, atiende, ante mis ojos el tristísimo Héctor
 me pareció que se presentaba, derramando un llanto sin fin,
 como cuando fue arrastrado por las bigas y negro del sangriento
 polvo y fue atado por sus pies tumefactos con una correa.
 ¡Ay de mí! ¡cómo estaba! ¡Qué cambiado de aquel
 275 Héctor que volvió revestido con los despojos de Aquiles
 o que lanzaba los fuegos frigios a las naves de los Dánaos!
 En desorden la barba y el cabello encostrado de sangre
 y llevando aquellas heridas, que muchas recibió rodeando
 de la patria los muros. Entre mis propias lágrimas
 280 me veía llamando al héroe y expresarle estos tristes lamentos:

*“¡Oh, luz de Troya, oh de los teucros la más firme esperanza!
 ¿Qué ha podido retenerte? ¿De qué riberas vienes
 Héctor ansiado? ¿Cómo te vemos, después de tantas muertes
 de los tuyos, agotados por tantas fatigas de los hombres
 285 y de nuestra ciudad! ¿Qué indigna causa tu rostro
 sereno manchó? ¿Por qué esas heridas estoy contemplando?”*

Él nada repuso a mis vanas preguntas, nada repuso
 pero sacando un grave gemido de lo hondo del pecho:

*“¡Ay, huye, hijo de la diosa! -dijo-, ¡líbrate de estas llamas!
 290 El enemigo ocupa los muros; desde la más alta cima cae Troya.
 Bastante dimos a la patria y a Príamo. Si con tu diestra pudieras
 salvar a Pérgamo, también con la mía habría sido salvada.
 Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus Penates.
 Toma compañeros de tu destino, busca con estos unas murallas*

295 *grandes que fundarás al fin cruzado el mar.”*
 Dice así y con sus manos las cintas y a Vesta poderosa
 y el fuego eterno trae del interior del templo.

III.3.- El combate por las calles de Troya:

III.3.1.- Cae Troya:

Se llenan entretanto las murallas de duelos diversos,
 y más y más, aunque estaba apartada la casa
 300 de Anquises, mi padre, y los árboles la escondían,
 claro se vuelve el sonido y se acerca el horror de las armas.
 ¶ Salgo de mi sueño y llego subiendo
 || a lo más alto del tejado y me paro, atento el oído:
 || como cuando la llama por la ira del Austro
 305 || cae sobre el sembrado o el rápido torrente del río inunda
 || los campos, inunda los alegres sembrados y las labores de los bueyes
 || y arranca de cuajo los bosques; se queda de piedra,
 ℒ ignorante, sobre el alto peñasco escuchando el bramido el pastor.
 Entonces por fin quedó al descubierto su lealtad y se vieron las trampas
 310 de los Dánaos. Ya se derrumba por Vulcano vencida la casa
 enorme de Deífobo, ya se incendia muy cerca
 Ucalegonte; las anchas aguas del Sigeo relucen de fuego.
 Se alza a la vez el clamor de los hombres y el clangor de las tubas.
 Cojo, loco, mis armas; y no pienso suficiente en las armas,
 315 sino ardo en reunir un grupo para el combate y correr a la fortaleza
 con mis compañeros; el furor y la ira aceleran
 mis ideas y pienso que es hermoso morir en armas.
 He aquí que Panto, que se libró de las flechas aqueas,
 Panto de Otris, sacerdote del alcázar y de Febo,
 320 los objetos sagrados en la mano y a los dioses vencidos y al pequeño nieto
 él mismo lleva, y se dirige, loco, corriendo a las puertas:
“¿Dónde están peor las cosas, Panto? ¿Qué almena ocupamos?”
 Apenas yo había hablado cuando me responde esto gimiendo:
“Llega el día final y el momento inevitable
 325 *de Troya. Fuimos Troyanos, fue Troya y grande*
la gloria de los Troyanos: Júpiter cruel se ha llevado todo

- a Argos; los Dánaos dominan en una ciudad en llamas.
 Erguido sin piedad en medio del recinto, el caballo
 vomita guerreros y Sinón victorioso, insolente,*
 330 *incendios provoca. Otros están a las puertas abiertas,
 cuantos a miles llegaron de Micenas la grande;
 otros han ocupado con lanzas enhiestas las calles
 estrechas; se levanta una línea de hierro, dispuesta a morir,
 trazada de filos brillantes; apenas intentan la lucha*
 335 *los primeros centinelas de las puertas y resisten a ciegas:”*
 Tras estas palabras del hijo de Otris y el numen divino
 me lanzo al combate y a las llamas a donde la funesta Erinia
 donde el estruendo me convoca, y el clamor que se eleva hasta el cielo.
 Se me unen mis amigos Ripeo y el famoso guerrero
 340 Épito, que descubrí a la luz de la luna, e Hípanis y Dimante
 se ponen a nuestro lado y el joven Corebo
 hijo de Migdón: justo por entonces a Troya
 acababa de llegar ardiente de amor insano por Casandra
 y como yerno brindaba su ayuda a los Frigios y a Príamo,
 345 ¡pobre de él, que no oyó los consejos de una esposa
 inspirada!
 Cuando los vi juntos, enardecidos por combatir,
 comienzo a decirles *“Jóvenes, en vano los más valientes
 corazones, si abrigáis un inmenso deseo de seguir al que quiere
 350 llegar hasta el fin, estáis viendo qué suerte es la nuestra:
 Han abandonado los templos y han dejado las aras
 los dioses para quienes se erigió este imperio: socorréis a una ciudad
 en llamas. ¡Muramos y caigamos en el centro del combate!
 Una es la salvación para los vencidos: no esperar salvación alguna.”*
 355 ¶ Así se añadió furor a las almas de los jóvenes. Y luego, como lobos
 || rapaces en la oscura niebla, a los que un hambre terrible
 || los lanza fuera, ciegos, y sus cachorros abandonados
 || con las fauces secas esperan, entre dardos, entre los enemigos
 ≡ buscamos una muerte segura avanzando hacia el centro de la ciudad;
 360 una negra noche nos sobrevuela con su cóncava sombra.
 ¿Quién el desastre de la noche aquella, quién tanta muerte
 puede narrar, o pudiera igualar las fatigas con lágrimas?
 Una ciudad antigua cae, que reinó muchos años;

365 muchísimos cuerpos yacen inertes por todas las calles
 y por las mansiones y los sagrados umbrales
 de los dioses. Mas no sólo los Troyanos pagan su pena con sangre,
 que a veces también el valor retorna al corazón de los vencidos
 y caen los Dánaos vencedores. Por todas partes un cruel
 dolor, por todas partes el miedo y la imagen repetida de la muerte.

III.3.2.- La muerte del griego Andrógeo:

370 El primero de los Dánaos, con gran compañía
 Andrógeo se nos presentó, pensando que somos tropa aliada,
 ignorante, y de pronto nos habla con palabras amigas:
*“¡Aprisa, soldados, pues ¿qué pereza tan inoportuna
 os retrasa? Otros toman ya botín y saquean*
 375 *Troya: ¿Vosotros llegáis ahora de las altas naves?”*
 Dijo, y al punto (pues que no se le daban respuestas
 creíbles) advirtió que había caído entre sus enemigos.
 ¶ De piedra se quedó y a un tiempo volvió atrás pies y palabras.
 || Como el que al poner pie en el suelo entre ásperas zarzas
 380 || pisó una serpiente, sin verla, y huye al instante asustado
 || de la que hincha ya su cuello azulenco y se encrespa de ira,
 ¶ no de otro modo se marchaba Andrógeo tembloroso por lo que veía.
 Nos lanzamos y los rodeamos entre densas armas,
 y los aplastamos al no saber donde estaban, parados
 385 de espanto; favorece Fortuna nuestra empresa primera.
 Y entonces Corebo, saltando de gozo ante el éxito, dice:
*“Sigamos, amigos, por donde Fortuna primero
 nos muestra el camino y por donde aparece mejor;
 cambiemos las armas y tomemos los estandartes*
 390 *de los Dánaos. Trampa o valor, ¿quién demandará al enemigo?
 Ellos mismos nos darán sus armas.”* Tras así decir se coloca
 el emplumado yelmo de Andrógeo y la preciada prenda de su escudo
 y acomoda a su costado la espada de un argivo.
 Lo mismo Ripeo, lo mismo hace Dimante y alegres también
 395 los jóvenes todos: cada cual se va armando con el botín reciente.
 Avanzamos mezclados con los Dánaos bajo un numen adverso
 y, en la ciega noche enfrentados, combates innúmeros

nos vimos trabando, y a muchos aqueos enviamos al Orco.
 Unos huyen a sus naves y buscan corriendo la costa
 400 segura; otros de miedo cobarde al enorme caballo
 trepan de nuevo y en la madera amiga se ocultan.

III.3.3.- Casandra, ¡ay, mi Casandra!:

¡Ay, para nada puede nadie confiar en dioses contrarios!
 He aquí que era arrastrada de sus cabellos sueltos la hija de Príamo,
 Casandra, virginal, fuera del templo y de la morada de Minerva,
 405 levantando hacia el cielo sus ojos ardientes en vano,
 sus ojos, pues sus manos de niña cadenas las atan.
 No soportó este espectáculo, enloqueciendo, Corebo,
 y se lanzó dispuesto a morir en medio del ejército;
 todos le seguimos y caemos dentro de un bosque de armas.
 410 Y primero somos abatidos por las flechas que lanzan
 desde el tejado de un templo los nuestros y se hizo terrible matanza
 por la apariencia de nuestras armas y el error de los penachos griegos.
 ¶ Después se presentan los Dánaos por todos lados gritando de ira
 || por haberles quitado la doncella, el acérrimo Áyax
 415 || y los dos hijos de Atreo y el ejército entero de los Dólopes:
 || como cuando en quebrado remolino los vientos contrarios
 || se enfrentan, el Céfiro y el Noto y el alegre Euro con sus caballos
 || orientales; gritan los bosques y se agita con su tridente
 ≡ el espumoso Nereo y sacude desde el fondo profundo los mares.
 420 También acuden aquellos a quienes engañamos con trampas
 en lo oscuro de la noche y perseguimos por toda la ciudad;
 advierten los primeros los dardos y los engañosos escudos
 y señalan por el sonido las lenguas discordantes.
 E inmediatamente nos aplastan con su número y el primero Corebo
 425 cayó junto al altar de la diosa armipotente por mano
 de Penéleo; cae también Ripeo, el hombre más justo
 que hubo entre los Teucros y el mejor cumplidor de lo bueno
 (otra cosa pareció a los dioses); perecen Hípanis y Dimante
 atravesados por sus compañeros, y, Panto, ni tu mucha piedad
 430 ni las cintas de Apolo de caer te libraron.
 ¡Ay, cenizas de Ilíon y llama final de los míos!

Os pongo por testigos de que nada rehuí en vuestra ruina,
ni flechas ni nada, y de que habría caído a manos de los Dánaos
si lo hubiera querido mi sino. De allí nos marchamos,
435 Ífito y Pelias conmigo (a Ífito la edad lo retrasa
y lento vuelve a Pelias la herida de Ulises),
atraídos por un griterío que venía del palacio de Príamo.
Aquí sí que vemos un combate tremendo; como si
no hubiera más guerra y nadie muriera en toda la ciudad,
440 así vemos a un indómito Marte y a los Dánaos tratando de entrar
en palacio y la puerta atacada por tenaz ariete.
Se pegan las escalas a los muros y bajo la misma puerta
se apoyan en los escalones y con los escudos en la izquierda
cubiertos, hacia los dardos se lanzan y tocan los aleros con la diestra.
445 Por el contrario, arrancan los Troyanos las torres y todos
los tejados de las casas; con tales armas, cuando ven el final,
se aprestan a la defensa en la hora postrera de la muerte,
y las doradas vigas, altivo adorno de los antiguos padres,
hacen rodar; otros, con sus espadas desenvainadas, las profundas
450 puertas protegen, a éstas en fila cerrada vigilan.
Nos lanzan nuestros corazones a defender la morada del rey
y brindar ayuda a esos valientes, y sumar fuerza a los vencidos.

III.4.- El combate en el palacio de Príamo:

III.4.1.- Desde el tejado al suelo:

Había una entrada y una puerta falsa y un pasadizo
entre las casas de Príamo, por la parte de atrás,
455 por donde la infeliz Andrómaca, cuando era fuerte su reino,
solía ir sin compañía con frecuencia a casa
de sus suegros y le llevaba al abuelo el pequeño Astianacte.
Subo a lo más alto del tejado, desde donde
los míseros Teucros arrojaban con sus manos dardos inútiles.
460 De su elevada base arrancamos y empujamos la torre aquella
que se alzaba sobre el vacío hasta los astros,
levantada en la parte más alta, de donde Troya entera solía
verse y las naves de los Dánaos y el campamento Griego,

465 cavando con el hierro alrededor ahí donde los bordes de las tablas
 presentaban juntas abiertas. Se vino abajo de repente, gran ruina
 produjo con estruendo y en gran extensión cayó sobre las tropas
 de los Dánaos. Mas otros acuden y no cesa entretanto
 toda clase de piedras y dardos.

III.4.2.- Pirro, el inmerecedor hijo de Aquiles:

470 ¶ Ante la misma entrada y en el umbral primero, Pirro
 || salta de gozo entre las flechas, brillando con luz broncea:
 || como cuando una culebra comió malas hierbas a la luz
 || a la que el helado invierno la mantenía hinchada bajo tierra,
 || ahora, dejando su piel vieja, con la nueva de juventud reluce
 || y, estirándose al sol, agita irguiendo el pecho
 475 ¶ su lomo brillante y vibra con su boca de triple lengua.
 A la vez el gran Perifante y el auriga de los caballos de Aquiles,
 Automedonte, su escudero, y a la vez toda la juventud de Esciros
 al palacio se acercan y lanzan sus llamas al tejado.
 Pirro entre los primeros rompe la puerta a hachazos
 480 terribles y arranca de cuajo las jambas de bronce;
 y ya partida una viga ataca la firme madera
 abriendo un enorme agujero de boca muy ancha.
 Ya se ve el interior de la casa y se abren los amplios atrios;
 ya aparecen las habitaciones de Príamo y los reyes de antes
 485 y ven a guerreros parados en la primera entrada.
 Y la habitación interior con gemido y mísero tumulto
 se mezcla, y en el fondo las huecas sedes con lamentaciones
 mujeriles resuenan; hieren los astros dorados el clamor.
 Vagan también las madres asustadas por las salas inmensas
 490 y a los postes se abrazan y los llenan de besos.
 Pirro arremete con la fuerza de su padre y contra él no valen
 ni cerrojos ni guardias; se tambalea la puerta
 a golpes de ariete y sacadas de su quicio caen las jambas.
 ¶ Se abre un camino de violencia. Rompen la entrada y los Dánaos
 495 || que pasan matan a los primeros y llenan de soldados el lugar.
 || No tanto hace la espúmea corriente cuando rompe su cauce,
 || y se lanza y vence con su remolino a las moles que frente le hacen

|| y arrasa enloquecida los sembrados y por todos los campos
 ≡ confunde ganados y establos. Y vi yo mismo a Neoptólemo
 500 loco de sangre y a los dos Atridas en la puerta,
 vi a Hécuba y a sus cien nueras y a Príamo por los altares
 manchando de sangre los fuegos que él mismo había consagrado.
 Aquellas cincuenta alcobas, tanta esperanza de nietos,
 y las puertas orgullosas del oro bárbaro y del botín
 505 cayeron; llegan los Dánaos donde no llega el fuego.

III.4.3.- La muerte de Príamo:

Y quizás preguntes cuál fue el sino de Príamo.
 Cuando vio la ruina de su ciudad conquistada y abatidos
 los umbrales de palacio y al enemigo entrado en su casa,
 el anciano toma en sus hombros temblorosos por la edad las armas
 510 ha tiempo desacostumbradas y el inútil hierro
 se ciñe y se lanza dispuesto a morir entre tantos enemigos.
 En medio de las habitaciones y bajo el desnudo polo del cielo
 había un enorme altar y a su lado un laurel muy antiguo
 que caía sobre el altar y abrazando con su sombra los Penates.
 515 ¶ Aquí Hécuba y sus hijas en vano en torno al altar,
 || como palomas precipitadas por la negra tempestad
 ≡ se apiñaron y se sentaban abrazando las estatuas de los dioses.
 Sin embargo cuando vio al propio Príamo, tomadas las armas
 juveniles; *“¿Qué idea tan loca, desgraciadísimo esposo,*
 520 *te impulsa a armarte con estas armas? ¿O a dónde corres? -dijo.*
No precisa esta hora de tal ayuda ni de estos
defensores; no, ni aunque mi propio Héctor estuviera ahora.
Anda, ven aquí. Este altar nos protegerá a todos,
o moriremos juntos.” Así al callar lo abrazó
 525 en sí y sentó al anciano en el lugar sagrado.

He aquí Polites, uno de los hijos de Príamo,
 escapado de las manos de Pirro, entre las flechas, entre los enemigos
 huye por los largos pórticos y recorre los vacíos atrios
 herido. A éste le persigue Pirro ansioso por herirle
 530 de muerte y ya y ya lo coge con su mano y le clava con su lanza.

Cuando por fin se libró ante los ojos y el rostro de sus padres,
cayó y derramó entre mucha sangre su vida.

Príamo entonces, aunque casi lo abraza la muerte,
no calló sin embargo ni evitó dar gritos de ira:

535 *“A ti, por este crimen -exclama- por este atrevimiento
los dioses, si alguna piedad hay en el cielo que cuide de estas cosas,
te paguen dignas gracias y te devuelvan los premios
debidos, que me hiciste ver en mi presencia la muerte
de mi hijo y manchaste con la muerte la mirada de sus padres.*

540 *Pero no aquel Aquiles, del que mientes que eres hijo,
se portó así con su enemigo Príamo; sino que juramentos y fidelidad
de un suplicante respetó y el cuerpo exsangüe de Héctor
para su sepulcro me devolvió y me envió a mi reino.”*

545 Así dijo y el anciano una flecha inocente sin golpe
lanzó, que rechazó sin más el bronco bronce
y quedó inútilmente colgando del escudo en el centro.

A éste Pirro: *“Llévale pues esto y sé el mensajero
para el Pelida, mi padre. Y recuerda contarle
mis tristes hazañas y que Pirro es un degenerado.
550 Ahora, muere.”* Así diciendo hasta el mismo altar lo arrastró

tembloroso y resbalándose en la mucha sangre de su hijo;
cogió sus cabellos con la izquierda, con la diestra su espada brillante
desenvainó y en el costado la hundió hasta la empuñadura.

555 Éste fue el fin de los hados de Príamo, esta muerte le cupo
en suerte tras ver el incendio de Troya y la caída
de Pérgamo, otrora orgulloso señor de tantos pueblos y tierras
de Asia. Yace enorme su tronco en la playa,
arrancada de los hombros la cabeza y sin nombre su cuerpo.

IV.- CAMINO AL EXILIO:

IV.1.- Eneas ve a Helena de Troya:

560 Pero entonces por vez primera se apoderó de mí cruel horror.
Me quedé estupefacto; la imagen me vino de mi querido padre
cuando vi al rey de su misma edad exhalando la vida
por cruel herida; pensé en Creúsa abandonada,

y mi casa saqueada y la suerte de mi pequeño Julo.
Miro atrás y reviso qué tropa tengo a mi alrededor.

565 Todos me abandonaron agotados y de un salto sus cuerpos
penosos a tierra cayeron o a las llamas entregaron.

Y quedaba yo sólo cuando guardando el templo
de Vesta y escondida en silencio en un lugar secreto
a la hija de Tindareo veo; me dan los incendios clara luz
570 en mi vagar y que por todas partes dirijo mis ojos.

Aquella, temiéndose a los Troyanos odiándola por la caída de Troya
y el castigo de los Dánaos y temiendo la ira de su esposo
abandonado y las Erinias comunes de Troya y de su patria,
se había escondido y, odiada, estaba sentada en los altares.

575 Llamas ardieron en mi corazón; la ira me incita vengar
mi patria que cae y castigar tan graves crímenes.

*“¡Vaya! ¿Ésta, a salvo, volverá a ver Esparta y su patria
Micenas e irá reina con el triunfo obtenido?*

580 *¿Y a su esposo y la casa de su padre y a sus hijos verá
rodeada de troyanas y con servidores frigios?*

*¿Haya muerto Príamo a espada? ¿Haya caído Troya a fuego?
¿Haya sudado sangre tantas veces la playa Dardania?*

*No tal. Que aunque no hay título alguno memorable
en vencer a una mujer, esta victoria tiene su recompensa;*

585 *mas por haber acabado con un crimen y por haber dado castigo
merecido seré alabado y me agradará haber llenado mi ánimo
de fama vengadora y haber saciado las cenizas de los míos.”*

IV.2.- Afrodita aconseja huir a Eneas:

Tal decía y era llevado por mi mente enloquecida,
cuando se me presentó como nunca ante mis ojos lo había hecho
590 tan claro, y en una luz pura brilló a través de la noche
mi noble madre, mostrándose diosa tal y como la ven
los que habitan el cielo, y tomándome con su diestra
me contuvo y esto me dijo además con su boca de rosas:

“Hijo, ¿qué dolor tan grande provoca tu cólera indómita?

595 *¿Por qué te enfureces? ¿A dónde se ha ido tu cuidado por mí?*

600 *¿No verás antes en dónde, cansado por la edad, a tu padre
 Anquises has dejado, si acaso viven tu esposa Creúsa
 y tu hijo Ascanio? Por todas partes a todos les rodean
 las tropas griegas, y, si no fuera constante mi providencia,
 ya las llamas les tendrían y la enemiga espada se habría clavado.
 No te sea odioso el rostro de la Tindarea espartana
 ni culpable Paris: la inflexibilidad de los dioses, ¡de los dioses!,
 arruinó este poder y abatió a Troya de su cumbre.
 Mira (que ahora retiraré toda la nube que tienes a la vista
 605 y oscurece tu visión mortal, y, húmeda alrededor
 te llena de tinieblas; no temas tú ningún mandato
 de tu madre ni rehúses obedecer sus órdenes):
 aquí, donde las moles deshechas y las rocas arrancadas
 de las rocas ves y el humo ondeante mezclado con polvo,
 610 Neptuno con su enorme tridente los muros y los cimientos
 removidos golpea y toda la ciudad de su asiento
 arranca. Aquí la muy cruel Juno ocupa la primera
 las puertas Esceas y, enloquecida, el ejército aliado desde las naves
 llama ceñida de espada.
 615 Mira, las altas almenas Atenea Tritonia
 ha ocupado, refulgiendo con su escudo y la cruel gorgona.
 Mi propio padre da ánimo a los Dánaos y fuerzas favorables
 les concede; él incita a los dioses contra las armas de Troya.
 Escapa, hijo, y pon fin a tu esfuerzo;
 620 nunca te faltaré, y te fundaré a salvo en un umbral patrio.”
 Así dijo, ocultándose en las espesas sombras de la noche.
 Se muestra a Troya la cruel realidad y la enemiga
 gran divinidad de los dioses.*

IV.3.- Eneas se dirige a su casa. Anquises se niega a huir:

625 ¶ Entonces en verdad me parece que se asienta en el fuego toda
 || Ilíon en una hoguera y de los cimientos es arrancada Troya Neptunia:
 || y como cuando en lo alto del monte un viejo olmo
 || con hierro cortado y con golpes de hachas se esfuerzan
 || en abatir los campesinos con empeño, y él amenaza
 || y tambalea los cabellos con la copa sacudida, temblando,

630 || hasta que poco a poco vencido por las heridas gime
 L para siempre y arrancado causa gran ruina a los collados.
 Bajo y con la guía de la diosa por entre las llamas y los enemigos
 marchó: abren paso las flechas y las llamas retroceden.

635 Y cuando llego por fin al umbral de la casa paterna
 y a la antigua morada, mi padre, a quien llevar a los profundos
 montes primero deseaba y primero buscaba,
 se niega a seguir con vida ante la muerte de Troya
 y sufrir el exilio: *“¡Ay, vosotros, a quienes quedan íntegra la sangre
 de su vida -dice- y sólidas fuerzas en vuestro vigor,
 640 vosotros emprended la huida.
 Si los del cielo hubieran querido que yo conservase la vida,
 me habrían salvado también esta casa. Bastante y de sobra una vez
 vi su destrucción y escapé a la conquista de mi ciudad.
 Así, ay, así marchaos dando el último adiós a mi cuerpo.
 645 Yo mismo encontraré por mi mano la muerte; se dolerá el enemigo
 y buscará mis despojos. Leve pérdida para mi sepulcro.
 Ya desde hace tiempo odioso a los dioses y años inútiles
 vivo de más, desde que el padre de los dioses y rey de los hombres
 me sopló con los vientos de su rayo y me alcanzó con el fuego.”*

650 Se obstinaba repitiendo eso y permanecía quieto.
 Por contra nosotros bañados en lágrimas, mi esposa Creúsa
 y Ascanio y toda la casa..., ¡que no quisiera mi padre llevarse
 todo con él ni acelerar un destino presuroso!
 Se niega y se mantiene en lo dicho y en el mismo lugar.
 655 Me lanzo de nuevo al combate y busco en mi desgracia la muerte.
 Pues, ¿qué solución o qué fortuna ya me quedaban?
*“¿Acaso que yo podría echar a andar, padre, abandonado tú,
 esperaste y tanta impiedad desaparece en la boca paterna?
 Si agrada a los dioses que no quede nada de ciudad tan grande
 660 y esto está en su ánimo y añadir a la ruina de Troya
 agrada la tuya y la de los tuyos, se abre la puerta a esa muerte,
 y ya se presentará Pirro, con tanta sangre de Príamo,
 quien degüella junto al altar al hijo ante su padre y al padre.
 ¿Por esto era, fértil madre, por lo que entre los dardos y las llamas*

- 665 *me sacaste, para ver al enemigo dentro de nuestra casa,
y a Ascanio y a mi padre y al lado Creúsa,
manchados el uno en la sangre del otro?
¡Armas, varones, traed armas! la luz última llama a los vencidos.
Llevadme con los Dánaos; dejadme ver de nuevo el combate*
- 670 *emprendido. No todos moriremos hoy sin venganza.”*
Ahora me ciño de nuevo la espada e insertaba adaptándola
mi izquierda al escudo y me lanzaba fuera de la casa.
He aquí sin embargo que abrazada mi esposa en el umbral a mis pies
se detenía y a su padre ofrecía al pequeño Julo:
- 675 *“Si vas a morir, llévanos a nosotros contigo, pase lo que pase;
pero si, experto, alguna esperanza pones en las armas que empuñas,
protege primero esta casa. ¿A quién entregas al pequeño Julo,
a quién a tu padre y a la que un día fui llamada tu esposa?”*

IV.4.- Un prodigio hace cambiar la opinión a Anquises:

- Gritando esto, llenaba toda la casa con su gemido,
680 cuando de repente aparece un prodigio asombroso de decir.
En efecto, entre las manos y los rostros de sus tristes padres,
he aquí que de lo alto de la cabeza de Julo parecía un leve rayo
derramar su luz y una llama suave, inocente al tacto,
lamer sus cabellos y posarse en torno a sus sienes.
- 685 Nosotros, pávidos, temblamos de miedo y le sacudimos el cabello
que ardía y apagamos con agua el fuego sagrado.
Pero el padre Anquises contento sus ojos al cielo
tendió y a la vez levantó la voz y las palmas al cielo.
*“Júpiter omnipotente, si te doblegas a algún ruego,
690 míranos, sólo eso, y, si somos dignos de tu piedad,
danos tu ayuda en seguida, padre, y confirma estos augurios.”*

- Apenas había hablado el anciano, y con súbito fragor
tronó por la izquierda y del cielo cayéndose entre las sombras
una estrella, llevando su cometa, con una gran luz pasó fugando.
- 695 A aquella cayéndose sobre los altos tejados de la casa
la vimos ocultarse brillante en los bosques del Ida
y señalando caminos; entonces la estela en su senda larga

da luz y humea a azufre el lugar a lo largo y ancho.
 Aquí en verdad, vencido, mi padre se alza hacia las auras
 700 y habla a los dioses y adora la santa estrella:
*“Ya, ya no hay demora; te sigo y donde me llevéis estaré,
 dioses patrios; salvad mi casa, salvad a mi nieto.
 Es vuestro este augurio y en vuestros planes está Troya.
 Me rindo, pues, y no rechazo ir como tu compañero.”*
 705 Dijo él, y ya por la muralla más claro el fuego
 se oye y más cerca los incendios retuercen las llamas.
*“Ea, pues, querido padre, súbete a mis hombros,
 yo mismo te llevaré sobre mis hombros y no me pesará esta carga;
 pase lo que pase, uno y común será el peligro,
 710 una será la salvación para ambos. El pequeño Julo
 sea mi compañero y detrás mantenga los pasos mi esposa.
 Vosotros, esclavos, prestad atención a cuanto diga.
 Saliendo de la ciudad hay un túmulo y un viejo templo
 abandonado de Ceres y a su lado un antiguo ciprés
 715 conservado por la piedad de los antepasados durante muchos años.
 Cada uno por su lado llegaremos todos a ese mismo lugar.
 Tú, padre, coge en tu mano los cultos y los patrios Penates;
 yo, saliendo de guerra tan grande y de la reciente matanza,
 me es impío tocarlos hasta que en un río vivo me
 720 purifique.”*

IV.5.- Eneas se dirige al punto de encuentro:

Dicho esto, mis anchos hombros y mi cuello agachado
 me cubro por encima con una manta y con la piel de un rubio león,
 y marchó con mi carga; el pequeño Julo de mi diestra
 se coge y sigue a su padre con pasos no iguales;
 725 detrás viene mi esposa. Avanzamos por ocultos caminos
 y a mí, a quien ha poco ni todas las flechas me conmovían
 ni los Griegos juntos en tropa enfrentada,
 ahora todas las brisas me asustan, todo ruido me alerta
 asustado y temiendo a la vez por mi compañero y por mi carga.
 730 Y ya me acercaba a la puerta y parecía que todo el camino
 había salvado cuando de repente el sonido repetido

de unos pasos pareció llegar a mis oídos, y mi padre entre las sombras mirando: “*Hijo -exclama-, huye, hijo mío, se acercan. Veo escudos ardientes y bronce brillando.*”

- 735 Aquí a mí, no sé qué dios nada amigo
me quitó mi sentido confundido. Pues mientras en mi huida
sigo caminos apartados y salgo de las calles conocidas,
ay, desgraciado, Creúsa mi esposa acaso arrebatada por el destino
se detiene, si acaso erró de camino o si caída se sentó,
740 lo ignoro. Nunca después volvieron a verla mis ojos.
Y no miré atrás perdida ni le presté atención antes
que al túmulo de la antigua Ceres y al lugar a ella consagrado
llegamos. Aquí, finalmente todos reunidos, sólo ella
faltó y desapareció ante sus compañeros, su hijo y su esposo.
745 ¿A quién no acusé, enloquecido, de dioses y hombres,
o qué vi más cruel en la ruina de mi ciudad?

IV.6.- Eneas va en busca de Creúsa:

- A Ascanio y a mi padre Anquises y los Penates teucros
los encomiendo a mis compañeros y los escondo en un oculto valle,
y yo me vuelvo a la ciudad y ciño mis armas brillantes.
750 Decidido está renovar todos los riesgos y recorrer por toda
Troya y de nuevo lanzar mi vida a los peligros.
Primero los muros y los oscuros umbrales de la puerta
por la que había salido recorro y hacia atrás las huellas
que dejamos sigo en la noche y a su luz las reviso;
755 el horror en todo sitio a mi pecho y hasta el propio silencio me asusta.
Vuelvo de nuevo a casa por si acaso había encaminado
allí sus pasos: los Dánaos habían entrado y la ocupaban toda entera.
Trepas voraz el fuego con el favor del viento a las vigas
más altas; asoman por encima las llamas y el calor se agita en el aire.
760 Prosigo y llego otra vez a la casa de Príamo y a la fortaleza;
ya estaban guardando el botín en los pórticos vacíos,
en el recinto de Juno, Fénix y el cruel Ulises,
escogidos guardianes. Aquí de todas partes el tesoro de Troya,
saqueado en el incendio de los templos, y las mesas de los dioses
765 y las cráteras de oro macizo y la ropa de los vencidos

es amontonado. En larga fila los niños y las madres asustadas están alrededor.

- Hasta me atreví a gritar entre las sombras
y llené las calles de mi voz y afligido “*Creúsa*”
770 en vano repitiendo, otra vez y otra vez la llamé.
Buscando y corriendo sin parar entre los edificios,
una infeliz imagen y sombra de la propia *Creúsa*,
se me apareció ante los ojos, una imagen mayor a la conocida.
Me quedé parado, se erizó mi cabello y la voz se clavó en mi garganta.
775 Entonces habló así y con estas palabras me quitó la preocupación:
*“Por qué te empeñas en entregarte a un dolor insano,
oh dulce esposo? No ocurren estas cosas sin que medie
la voluntad divina; ni te ha sido dado el llevarte a Creúsa,
ni así lo consiente el que reina en el Olimpo soberano.*
780 *Largo te será el exilio y has de arar la vasta llanura del mar,
y llegarás a la tierra de Hesperia donde el lidio Tiber
fluye con suave corriente entre fértiles campos de hombres.
Allí fértiles cosas y un reino y una regia esposa
te nacerán; guarda las lágrimas por tu querida Creúsa.*
785 *No veré yo la patria orgullosa de los mirmidones
o de los dólopes, ni marcharé a servir a las matronas griegas,
yo, Dardánida y nuera de la divina Venus;
me deja en estos lugares la gran madre de los dioses.
Adiós ahora, y guarda el amor de nuestro común hijo.”*
790 Cuando me dijo esto, a mí, llorando y queriendo decirle
muchas cosas, me abandonó y desapareció hacia las tenues auras.
Tres veces intenté poner mis brazos en torno a su cuello,
tres veces huyó de mis manos su imagen en vano abrazada,
igual al viento ligero y en todo semejante al sueño fugitivo.
795 Así por fin, consumida la noche, vuelvo con mis compañeros.

IV.7.- Comienza el exilio:

Y encuentro allí asombrado que una gran muchedumbre de nuevos amigos había acudido, mujeres y hombres, la juventud reunida para la marcha, una gente digna de lástima. De todas partes acudieron preparados de ánimo y recursos

800 para partir hacia la tierra que yo eligiera allende el mar.
Y ya surgía Lucifer en lo alto de las cumbres del Ida
y nos traía el día, y los Dánaos tenían ocupados
los umbrales de las puertas y no quedaba ya esperanza de ayuda.
Me puse en marcha y los montes busqué con mi padre a la espalda.

ÍNDICE DEL TRABAJO DE LA 3ª EVALUACIÓN

ENEIDA IV: DIDO Y ENEAS

I.- EL ENAMORAMIENTO:	49
I.1.- <i>Resucita la llama del amor:</i>	49
I.2.- <i>Dido, atraída por Eneas, no quiere violar el recuerdo de Siqueo:</i>	49
I.3.- <i>Ana le aconseja que no luche contra sus sentimientos:</i>	50
I.4.- <i>Sacrificio a los dioses:</i>	50
I.5.- <i>El cortejo de Dido a Eneas:</i>	51
II.- LOS DIOSES JUEGAN CON DIDO:	51
II.1.- <i>Juno plantea a Venus un pacto:</i>	51
II.2.- <i>Venus acepta (por el momento) el pacto:</i>	52
II.3.- <i>El día de la cacería:</i>	53
II.3.1.- <i>La salida a la cacería:</i>	53
II.3.2.- <i>Comienza la cacería:</i>	53
II.3.3.- <i>La tormenta:</i>	54
II.3.4.- <i>Fama extiende la noticia del contubernio:</i>	54
II.3.5.- <i>Yarbas se cree con derecho a reclamar justicia a los dioses:</i>	55
III.- LOS DIOSES JUEGAN CON ENEAS:	56
III.1.- <i>La orden de Júpiter:</i>	56
III.2.- <i>Mercurio lleva la orden de Júpiter a Eneas:</i>	56
III.3.- <i>Eneas prepara la huida:</i>	58
III.4.- <i>Dido enloquece. Despedida de Dido y Eneas:</i>	58
III.5.- <i>A lo que se dedica Eneas:</i>	61
III.6.- <i>A lo que se dedica Dido: Pide ayuda a su hermana:</i>	61
IV.- LA MUERTE DE DIDO:	63
IV.1.- <i>La decisión:</i>	63
IV.2.- <i>La maga:</i>	63
IV.3.- <i>La pira:</i>	64
IV.4.- <i>Las dudas de Dido:</i>	65
IV.5.- <i>Los dioses vuelven a decirle al dormido Eneas que se vaya:</i>	66
IV.6.- <i>La maldición de Dido:</i>	67
IV.7.- <i>La muerte de Dido:</i>	68
IV.8.- <i>Ana recoge el alma de Dido:</i>	69

I.- EL ENAMORAMIENTO:

I.1.- *Resucita la llama del amor:*

5 Pero la reina, herida ya por un grave desasosiego,
 alimenta en sus venas la herida y se consume con un fuego secreto.
 El mucho valor del héroe y la gran gloria de aquella raza regresan
 a su mente; sus ojos se mantienen clavados en su corazón
 y sus palabras y la inquietud no da plácido reposo a sus miembros.

I.2.- *Dido, atraída por Eneas, no quiere violar el recuerdo de Siqueo:*

Al día siguiente iluminaba las tierras con la lámpara de Febo
 Aurora y había alejado del cielo la húmeda sombra,
 cuando así, fuera de sí, habla a su hermana muy querida:
 “Ana, hermana, ¡qué sueños me aterran atónita!
 10 ¡Qué huésped singular éste que ha venido a nuestra casa!
 ¡Qué porte en su rostro! ¡Cómo es en su fuerte pecho y en sus armas!
 Creo sin duda, y no es ilusión vana, que es raza de los dioses.
 El temor denuncia los espíritus viles. ¡Ay!, ¡a qué destinos
 fue lanzado él! ¡De qué guerras afrontadas nos hablaba!
 15 Si no tuviese en mi ánimo el propósito firme e inamovible
 de no querer unirme a nadie con vínculo matrimonial
 después que el primer amor con su muerte me dejó desengañada;
 si no estuviese hastiada ya del tálamo y de las antorchas nupciales,
 ésta es quizá la única culpa a la que hubiera podido sucumbir.
 20 Ana, te lo confesaré, desde la muerte de mi desgraciado esposo
 Siqueo, desde los Penates manchados por la sangre fraterna,
 solo éste doblegó mis sentidos y mi desfalleciente ánimo
 ha conmovido. Reconozco las huellas de la vieja llama.
 Pero antes preferiría que la tierra se me abra desde las
 25 [profundidades
 o que el Padre omnipotente me precipite con su rayo en las sombras,
 las pálidas sombras del Erebo y la noche profunda,
 antes de violarte, Pudor, o de romper tus juramentos.
 Él, quien primero se unió a mí, mi amor se llevó;

que él lo tenga consigo y lo conserve en el sepulcro.”

30 Después de hablar así, inundó su seno con lágrimas brotadas.

I.3.- Ana le aconseja que no luche contra sus sentimientos:

Ana le respondió: *“Oh, más querida para tu hermana que la luz, ¿acaso sola y triste consumirás una perpetua juventud sin conocer la dulzura de unos hijos y los placeres de Venus? ¿Crees que se preocupan las cenizas o los Manes sepultos?*

35 *Sea: vanos maridos nunca te doblegaron a ti, triste, ni en Libia, ni antes en Tiro; ha sido despreciado Yarbas, y otros jefes a los que la tierra africana fecunda en triunfos alimenta: ¿lucharás también contra un amor que te agrada? ¿No piensas en los campos de quiénes te has asentado?*

40 *Aquí ciudades Gétulas, raza invencible en la guerra, y Númidas que no usan el freno te rodean y la inhospitalaria Sirtes; ahí una región desierta por la sed y los Barceos fieros a todo lo ancho. ¿Y qué decir de las guerras que surgen en Tiro y de las amenazas de nuestro hermano?*

45 *En verdad, bajo auspicios divinos, creo, y de la favorable Juno, han seguido esta ruta al viento las naves troyanas. ¡Cuán grande, hermana, verás esta ciudad! ¡Qué reinos surgir con tal unión! Asociada a las armas de los Teucros, ¡con cuán grandes hazañas se elevará la gloria púnica!*

50 *Tú, solamente, pide venia a los dioses y, ofrecidos sacrificios, entrégate a la hospitalidad e inventa motivos para retenerlos: mientras la tempestad y el lluvioso Orión se enfurece sobre el mar y las naves están varadas, mientras el cielo no es tratable.”*

I.4.- Sacrificio a los dioses:

55 Con estas palabras inflamó su alma con un amor infinito y dio esperanza a su mente vacilante y liberó su pudor. Primero se dirigen a los templos y por los altares la paz imploran; sacrifican ovejas elegidas según la costumbre a la legisladora Ceres, a Febo y al padre Lio, y antes que a todos a Juno que vela por los vínculos conyugales.

- 60 La hermosísima Dido, teniendo ella misma en su diestra una pátera,
la derrama entre medio los cuernos de una vaca blanca,
o ante las imágenes de los dioses se pasea junto a los ricos altares
y celebra el día con ofrendas y en los costados abiertos
de las víctimas examina con avidez las entrañas palpitantes.
- 65 ¡Ay, mentes ignorantes de los adivinos! ¿De qué sirven las ofrendas
a una demente; de qué le sirven los santuarios? Devora una llama
entretanto su tierno corazón y vive callada herida bajo su pecho.

I.5.- El cortejo de Dido a Eneas:

- ¶ Se abrasa la infeliz Dido y vaga por toda
|| la ciudad enloquecida, como una cierva herida por una saeta
70 || a la que de lejos desprevenida entre los bosques Cretenses hirió
|| un pastor persiguiéndola con sus dardos y abandonó el hierro volador
|| ignorante; ella en su huida los bosques recorre y los desfiladeros
↳ cretenses; queda clavada en su costado la mortal saeta.
Ahora lleva consigo a Eneas por medio de la ciudad
75 y le muestra los recursos sidonios y una ciudad preparada,
comienza a hablar y se detiene en medio de sus palabras;
ahora, al declinar el día, procura un banquete similar
y de nuevo, fuera de sí, oír los sufrimientos de Ilíon
le pide y se queda de nuevo pendiente de la boca del narrador.
- 80 Después, cuando se retiran y la luna oscura, a su vez,
apaga su luz y las estrellas en su declinar invitan al sueño,
sola en su casa vacía se queda triste y sobre el lecho abandonado
se recuesta. Ausente oye y ve al que está ausente,
o en su regazo a Ascanio, seducida por su parecido con el padre,
85 retiene, por si pudiera engañar su indecible amor.
No se elevan las torres comenzadas, la juventud no ejercita
las armas, ni los puertos ni las defensas que ofrecen seguridad en la guerra
preparan; quedan pendientes las obras interrumpidas y las amenazas
enormes de los muros y las máquinas que iban a alcanzar el cielo.

II.- LOS DIOSES JUEGAN CON DIDO:

II.1.- Juno plantea a Venus un pacto:

90 Tan pronto como la querida esposa de Júpiter presintió que Dido se encontraba dominada por tal enfermedad y la fama no impedía su [pasión,

Juno se acerca a Venus con estas palabras:
“Ilustre gloria y amplio botín en verdad conseguís tú y tu hijo (grande y memorable poder)
 95 *si una mujer es vencida por el ardid de dos divinidades. No se me oculta que, temiendo nuestros muros, consideraste sospechosas las moradas de la alta Cartago. Pero ¿cuál será nuestra relación, o a qué ahora tanta rivalidad? ¿Por qué no pactamos mejor una paz eterna y concertamos un himeneo? Tienes lo que has deseado con todo tu corazón: Arde enamorada Dido y arrastra por sus huesos su pasión. Gobernemos pues éste pueblo en común y bajo iguales auspicios; que se le permita servir a un troyano, marido, y dejar en tu mano a los Tirios como dote.”*

II.2.- Venus acepta (por el momento) el pacto:

105 Aquélla... (pues se dio cuenta de que hablaba con mente fingida para desviar a las costas de Libia el dominio de Italia) así por contra le respondió Venus: *“¿Quién, insensata, tales palabras rechazaría o preferiría mantener la guerra contigo? Ojalá de algún modo la fortuna siguiera la empresa que cuentas; pero estoy incierta del destino y de si Júpiter una*
 110 *quisiera que sea la ciudad para los Tirios y los prófugos de Troya, o si aprueba que los pueblos se mezclen y se unan en alianza. Tú, su esposa, a ti te toca tantear sus deseos rogando. Vamos, te seguiré.”* Entonces la regia Juno le contestó:
 115 *“Este trabajo será conmigo; ahora te diré (escucha) en pocas palabras cómo puede llevarse a cabo esta unión que apremia. Eneas y juntamente la desgraciada Dido a cazar al bosque se disponen a ir cuando los primeros destellos de mañana Titán haya sacado y cubra el mundo con sus rayos.*
 120 *Yo, una oscura nube mezclada con granizo sobre ellos, mientras el grupo va y viene y cerca con ojeadores los bosques, derramaré desde arriba y turbaré con el trueno todo el cielo.*

Huirán los compañeros y serán envueltos por una noche oscura.
 A una misma cueva Dido y el jefe troyano
 125 llegarán. Acudiré y, si tu voluntad es fiel a mí,
 en un matrimonio estable los uniré y se la daré como propia.
 Allí estará Himeneo.” No negándose a lo que le pedía,
 Venus asintió y sonrió por la astucia imaginada.

II.3.- El día de la cacería:

II.3.1.- La salida a la cacería:

A Océano entretanto Aurora levantándose abandonó.
 130 Marcha por las puertas al amanecer la juventud elegida,
 redes de abierta malla, trampas, venablos con ancho hierro
 y avanzan jinetes Masilos y perros de fino olfato.
 A la reina que se entretiene en su estancia, junto a la puerta los nobles
 de Cartago la esperan y su caballo con arreos de púrpura y oro
 135 se yergue impaciente y muerde enfurecido el freno espumeante.
 Por fin avanza acompañada de numeroso cortejo
 ceñida con una clámide sidonia con una franja bordada;
 lleva un carcaj de oro, sus cabellos están atados con oro,
 y una fíbula de oro sujeta su vestido de púrpura.
 140 Y también los compañeros frigios y el gozoso Julo
 avanzan. Él mismo, más hermoso que ningún otro,
 se une a sus socios, Eneas, y se suma al grupo.
 ¶ Como cuando la invernal Licia y las corrientes del Janto
 || abandona Apolo y la materna Delos vuelve a visitar
 145 || y renueva los coros y mezclados en torno a los altares
 || se agitan los Cretenses, los Dríopes y los Agatirsos pintados;
 || el propio Apolo por las cimas del Cinto avanza y su ondeante cabellera
 || ciñe sujetándola con flexible rama y la rodea con dorada diadema
 || y sus armas resuenan en sus hombros; no más lento que aquél iba
 150 ¶ Eneas, tanto decoro resplandece en su noble rostro.

II.3.2.- Comienza la cacería:

Después que llegó a los altos montes y a los pantanos intransitables,

he aquí que unas cabras salvajes descendiendo de lo alto de una roca
 bajaron corriendo de las cumbres; de otra parte, por los campos
 abiertos y atraviesan a la carrera unos ciervos y columnas
 155 de polvo levantan en su huida y abandonan los montes.
 Y el pequeño Ascanio en medio del valle sobre un fogoso
 caballo goza y ya a éstos sobrepasa al galope, ya a aquéllos
 y con juramentos desea que se le presente entre el manso ganado
 un espumeante jabalí, o que descienda del monte un rubio león.

II.3.3.- La tormenta:

160 Entretanto a mezclarse el cielo con grandes murmullos
 empieza, le sigue una nube cargada de granizo
 y por todas partes los compañeros tirios y la juventud troyana
 y el dardanio nieto de Venus por los campos, dispersos
 refugios del miedo buscaron y bajan de los montes los ríos.
 165 A la misma cueva Dido y el jefe troyano
 llegan. Y Tierra la primera y Juno, protectora de los matrimonios,
 dan la señal; brillaron los fuegos y cómplice del matrimonio
 el cielo y en la cima de la montaña ulularon las ninfas.
 Aquel día el primero de su muerte y la primera causa
 170 de sus desgracias fue. En efecto, ni por apariencia ni por buen nombre
 actúa, ni Dido lo considera ya un furtivo amor:
 lo llama matrimonio; con este nombre cubrió su falta.

II.3.4.- Fama extiende la noticia del contubernio:

Inmediatamente Fama marcha por las grandes ciudades de Libia,
 Fama, que ésta no hay ningún otro mal más veloz:
 175 con el movimiento cobra vigor y al marchar aumenta en fuerzas;
 pequeña al principio por miedo, luego se alza a los aires,
 se levanta del suelo y esconde su cabeza entre las nubes.
 A ésta, Tierra, su madre, llena de ira contra los dioses,
 hermana última de Ceo y Encélado, según dicen,
 180 la parió rápida con pies y alas veloces,
 monstruo horrendo, enorme, que tiene tantas plumas en el cuerpo
 como ojos vigilantes debajo (cosa admirable de decir),

tantas lenguas, como tantas bocas hablan, como tantos oídos levanta.
 De noche vuela por medio del cielo y la tierra por entre sombras
 185 resonando y no cierra sus ojos al dulce sueño;
 de día se sienta vigilante o en el tejado de una alta casa
 o en las altas torres y aterra a las grandes ciudades,
 mensajera tan encadenada a la mentira y lo falso como a la verdad.
 Entonces ésta llenaba los pueblos con mil rumores
 190 gozando y igualmente cantaba lo hecho y lo no ocurrido:
 que había venido Eneas, descendiente de sangre troyana,
 al cual¹ varón la hermosa Dido se había dignado unirse;
 que ahora entre ellos se abrigaban el invierno, tan largo,
 olvidados de sus reinos y cautivos de una vergonzosa pasión.
 195 La malvada diosa difunde esto de boca en boca por todas partes.
 Directamente desvía su curso hacia el rey Yarbas
 y enciende su ánimo con sus palabras y acrecienta su cólera.

II.3.5.- Yarbas se cree con derecho a reclamar justicia:

Éste, nacido de la ninfa Garamante raptada por Amón,
 levantó cien grandes templos a Júpiter por sus inmensos reinos,
 200 cien altares, y le había consagrado un fuego vigilante,
 eternas centinelas de los dioses; suelos grasos
 por la sangre del ganado y umbrales florecientes de variadas guirnaldas.
 Y él, fuera de sí y encendido por el amargo rumor,
 se dice que ante los altares, entre medio de las estatuas de los dioses,
 205 suplicante oró tanto a Júpiter con las manos hacia arribas:
*“Júpiter omnipotente, a quien ahora el pueblo Mauro
 comiendo en lechos decorados te liba el honor del vino,
 ¿ves esto? ¿Acaso, Padre, cuando blandes tus rayos,
 te tememos en vano y ciegos fuegos en las nubes
 210 aterrorizan nuestros ánimos y a vanos truenos se mezclan?
 Una mujer, errante por nuestras fronteras, una ciudad
 pequeña nos compró, a quien una costa para arar,
 a quien las leyes del país le dimos, nuestra boda
 rechazó, pero como esposo ha acogido a Eneas para su reino.*

¹El uso de “cual” aquí es porque no hay antecedente, sino consecuente (*varón*). Si no hubiera consecuente la frase sería: *Eneas, descendiente de sangre troyana, al que la hermosa Dido...*

215 *Y ahora, ese Paris con un séquito de mediodhombres,
ciñendo su mentón y su perfumado cabello con la mitra meonia,
se hace con su presa: claro que nosotros en tus templos
sacrificamos víctimas y protegemos tu vacío honor.”*

III.- LOS DIOSES JUEGAN CON ENEAS:

III.1.- La orden de Júpiter:

Oyó el Omnipotente al que le rogaba con tales palabras
220 y tenía sus altares y volvió sus ojos hacia las murallas
de la reina y hacia los amantes olvidados de una fama mejor.
Entonces así habla a Mercurio y le manda esta orden:
“Ve, anda, hijo, llama a los Céfiros y baja con tus alas
y al jefe dardanio que ahora en la tiria Cartago
225 *espera y no ve las ciudades destinada por los hados,
háblale y llévale mis palabras a través de las rápidas brisas.
No nos lo prometió así su hermosísima madre,
ni para esto le rescató dos veces de entre las armas de los griegos,
sino que sería quien gobernaría Italia preñada de imperios
y excitada por la guerra, que propagaría la raza de la ilustre
230 sangre de Teucro y sometería bajo sus leyes a todo el orbe.
Si no le enciende nada el honor de tantas hazañas
y él mismo no construye su heroicidad para su propia gloria,
¿acaso padre privará a Ascanio de las ciudadelas romanas?,
¿qué piensa?, ¿o con qué esperanza se detiene en un pueblo enemigo,
235 ni mira la descendencia Italiana y los campos de Lavinio?
¡Que navegue! Esto es todo. Se tú ese mensajero.”*

III.2.- Mercurio lleva la orden de Júpiter a Eneas:

Había dicho. Mercurio se disponía a obedecer la orden de su magno
padre; y primero ata a sus pies las sandalias
240 de oro que con sus alas lo transportan volador ya sobre los mares,
ya sobre la tierra, igualmente que un soplo veloz.
Entonces coge el caduceo: con este él atrae al Orco a las pálidas
almas y envía otras bajo el triste Tártaro,

hace dormir y despierta y de la muerte los ojos reabre.
 245 Confiado en él, agita los vientos y surca las oscuras
 nubes. Y ya volando distingue la cima y las elevadas costas
 del fuerte Atlas, quien sostiene el cielo con su cabeza,
 de Atlas, cuya cabeza pinífera, ceñida siempre
 de oscuras nubes está golpeada por el viento y la lluvia;
 250 la nieve caída cubre sus hombros, entonces ríos se precipitan
 por el mentón del anciano y su barba hirsuta está congelada por el hielo.

¶ Aquí primero el Cilenio apoyándose en sus dos alas
 || se paró; desde aquí, de cabeza con todo su cuerpo hacia las olas
 || se lanzó similar a un ave, que en torno a la costa, en torno a escollos
 255 ≍ llenos de peces vuela bajo, a la altura de la superficie del mar.
 No de otro modo volaba entre las tierras y el cielo
 hacia la costa arenosa de Libia y cortaba los vientos
 viniendo de su abuelo materno el hijo Cilenio.
 Tan pronto como tocó con sus aladas plantas las cabañas,
 260 a Eneas fundando fortalezas y construyendo nuevos edificios
 vio. Y tenía una espada tachonada de rojizo
 jaspe y brillaba de púrpura tiria un manto
 que colgaba de sus hombros, regalo que la rica Dido
 había tejido y había elegido la tela con fino hilo de oro.
 265 Le abordó en seguida: “*¿Tú ahora, de la elevada Cartago
 los cimientos pones y rendido a una mujer su hermosa ciudad
 construyes? ¡Ay, olvidado de tu reino y de tus hazañas!
 El propio rey de los dioses me envió a ti desde el resplandeciente
 Olimpo, quien el cielo y las tierras con su divinidad gobierna,
 270 él mismo me ordena traerte esta orden por las rápidas brisas:
 ‘¿qué piensas?, ¿o con qué esperanza gastas el tiempo en tierras
 [Libias?
 Si no te mueve nada el honor de tantas hazañas
 y tú mismo no construyes tu heroicidad para tu propia gloria,
 mira a Ascanio que crece y las esperanzas de tu heredero Julo,
 275 a quien le son debidos el reino de Italia y la tierra
 romana’.*” Hablando con tales palabras, el dios Cilenio,
 en medio de su discurso abandonó las miradas mortales
 y se desvaneció lejos de los ojos hacia la fina brisa.

III.3.- Eneas prepara la huida:

Y verdaderamente enmudeció Eneas fuera de sí ante esta aparición,
 280 sus cabellos se erizaron de horror y su voz se le paró en la garganta.
 Arde por salir en huida y por abandonar las dulces tierras
 atónito por tal advertencia y por la orden de los dioses.
 ¡Ay!, ¿qué hacer? ¿Con qué palabras se atreverá ahora a cortejar
 a la reina loca de amor? ¿Qué primeras palabras le dirá?
 285 Y divide su ánimo rápidamente ahora aquí ahora allí
 y toma varios partidos y se vuelve a todo.
 Esta opinión le pareció la mejor a él que dudaba:
 llama a Mnesteo y a Sergesto y al valiente Seresto:
 y que aparezcan las naves callados y reúnan a los compañeros en la costa,
 290 que preparen las armas y cuál sea la causa de cambiar la situación
 disimulen; que él entretanto, puesto que la bondadosa Dido
 no sabe nada y no espera que tanto amor se rompa,
 tanteará el acercamiento y el momento más apropiado
 para hablarle y el modo más adecuado a las circunstancias. Todos,
 295 contentos, obedecen rápidamente el mandato y hacen lo ordenado.

III.4.- Dido enloquece. Despedida de Dido y Eneas:

Pero la reina presiente (¿quién puede engañar a quien ama?)
 los engaños y deduce, la primera, los movimientos que serán,
 temiendo todo lo que era seguro. La misma impía Fama delata
 a la enloquecida que se arma la flota, que se prepara la partida.
 300 ¶ Se enfurece falta de ánimo y encendida por toda la ciudad
 || corre como bacante, como una Tíade excitada por los animados
 || objetos sagrados cuando, oído Baco, le estimulan las trienales
 ℒ orgías y el nocturno Citerón la llama con sus gritos.
 Por fin, de pronto recrimina a Eneas con estas palabras:
 305 “*¿Esperaste aún, malvado, poder disimular tanta
 impiedad y callado salir de mi tierra?
 ¿Ni a ti nuestro amor, ni a ti la diestra dada poco ha,
 ni te detiene Dido que ha de morir en cruel muerte?
 Más aún, ¿incluso te apresuras a zarpar bajo estrella invernal
 300 y a irte por alta mar en medio de los Aquilones,*

cruel? ¿Qué?, si no buscas campos extranjeros y moradas
 desconocidas y la antigua Troya estuviese aún en pie,
 ¿Troya la buscarías con tus naves por un mar lleno de olas?
 ¿Acaso huyes de mí? Yo, por estas lágrimas y por esta diestra tuya
 315 (porque yo ya ninguna otra cosa dejé para mí, desgraciada),
 por nuestra unión, por nuestro himeneo comenzado,
 si algún bien de ti merecí, o fue dulce para ti algo
 mío, compadécete de mi palacio que se derrumba y, te lo ruego,
 si todavía hay algún lugar para las súplicas, abandona esa idea.
 320 Por ti los pueblos de Libia y los tiranos de los Númeridas
 me odian y los Tirios me son hostiles; por ti, por ti mismo
 ha muerto mi pudor y mi renombre de antes, con lo único
 que subía a las estrellas. ¿Ante quién me dejas moribunda, huésped,
 (puesto que éste único nombre me queda del esposo)?
 325 ¿A qué espero? ¿A que mi hermano Pigmalión destruya
 mis murallas o el gétulo Yarbás me lleve prisionera?
 Si al menos, alguna prole me hubiera sido concebida por ti
 antes de tu huida, si en mi palacio algún pequeño
 Eneas jugase, quien, al menos, me llevaría a ti por su rostro,
 330 sin duda no me quedaría totalmente traicionada y abandonada.”

Había dicho. Él, a las órdenes de Júpiter mantenía inmóviles
 sus ojos y oprimía resistentemente su preocupación bajo su corazón.
 Por fin responde brevemente: “Yo de ti, tantos como
 puedas enumerar, nunca, reina, negaré tus favores,
 335 ni me desagradará acordarme de Dido mientras yo mismo
 me acuerde de mí, mientras un soplo de vida rija mis miembros.
 En favor de esto, poco diré. Ni yo ocultar a escondidas esta
 huida esperé (no te lo imagines), ni nunca antorchas de boda
 puse por delante, ni vine para estos pactos.
 340 Si los destinos me permitieran conducir mi vida bajo mis
 auspicios y componer mis preocupaciones a mi voluntad,
 la ciudad troyana, lo primero, y los dulces restos
 de los míos protegería, los palacios de Príamo se mantendría altos
 y con mi mano hubiese fundado una renacida Troya para los
 345 [vencidos.
 Pero ahora Apolo Grinio a la gran Italia,

a Italia me han ordenado dirigirme los oráculos de Licia;
 éste es mi amor, ésta es mi patria. Si a ti, Fenicia, las fortalezas
 de Cartago y la mirada de una ciudad Líbica te detienen,
 ¿qué recelo hay para que los Teucros funden por fin en tierra
 350 de Italia? Y es lícito que nosotros busquemos reinos extranjeros.
 A mí, cuantas veces de húmedas sombras la noche cubre las tierras,
 cuantas veces se levantan los ígneos astros, la imagen
 de mi padre Anquises me avisa en sueños y me aterra inquieta;
 me mueven mi hijo Ascanio y la ofensa a su querida persona,
 355 a quien le robo el reino de Italia y de las tierras destinadas.
 Ahora también el mensajero de dioses, enviado por el mismo Júpiter
 (pongo por testigo ambas cabezas) sus órdenes por las rápidas brisas
 me ha traído; yo mismo he visto al dios, en luz resplandeciente,
 entrar en tus muros y escuché su voz con mis oídos.
 360 Deja pues de atormentarme a mí y a ti con tus quejas;
 no marchó a Italia por propia voluntad.”

Lo mira hostil diciendo esas palabras desde hacía tiempo
 volviendo sus ojos aquí y allá y lo recorre todo
 con miradas calladas, y encendida dice así:

365 “Ni tu madre es una diosa, ni Dárdano es el creador de tu linaje,
 traidor; sino te engendró el Cáucaso erizado de duras
 rocas y te acercaron sus ubres los tigres de Hircania.
 ¿Pues a qué disimular o para qué mayores ultrajes reservarme?
 ¿Acaso gimió ante mi llanto? ¿Acaso volvió hacia mí sus ojos?
 370 ¿Acaso vencido derramó lágrimas o se compadeció de su amante?
 ¿Qué puedo preferir a esto? Ya, ya ni la gran Juno,
 ni el padre Saturnio miran con ojos favorables estas desgracias.
 En ningún lugar hay ya buena fe. Echado a la costa, necesitado
 te recogí e insensata te permití participar de mi reino;
 375 te devolví la flota perdida y a tus compañeros de la muerte,
 (¡ay, las furias me empujan abrasándome!): ahora el augur Apolo,
 ahora los oráculos de Licia, ahora enviado por el mismo Júpiter
 el intérprete de los dioses te trae por los aires horribles órdenes.
 Sin duda éste es el trabajo de los dioses; esta inquietud turba
 380 a los tranquilos dioses. Ni te retengo, ni refuto tus palabras:
 ve, marcha a Italia con viento, busca tus reinos por el mar.
 Espero ciertamente, si algo pueden los piadosos dioses, que hayas

385 *de encontrar tu castigo entre escollos y a Dido por su nombre hayas
de llamar muchas veces. Ausente te perseguiré con negras antorchas
y, cuando la fría muerte haya privado de alma a mis miembros,
sombra estaré en todos tus lugares. Serás castigado, maldito.
Me enteraré y llegará a mí esta noticia en los profundos Manes.”*

390 Interrumpió con estas palabras sus palabras y a las brisas
enferma huyó y de sus ojos se alejó y se fue
dejándolo dudando por miedo decir mucho, dispuesto a decir
mucho. La reciben sus esclavas, colocan su cuerpo desfalleciente
en su aposento de mármol y la tienden sobre el lecho y las colchas.

III.5.- A lo que se dedica Eneas:

395 Pero el piadoso Eneas, aunque desea calmar su dolor
consolándola y quitarle con sus palabras la preocupación,
gimiendo mucho y débil de ánimo por su gran amor,
sin embargo sigue las órdenes de los dioses y vuelve a las naves.
Entonces realmente los Teucros se aplican al trabajo y sacan las altas
naves por toda la ribera. Las quillas embreadas están a flote
y traen remos cubiertos de hojas y troncos del bosque
400 sin desbatar en su afán de huir.

405 ¶ Los ves ir y venir y correr desde todas las partes de la ciudad:
|| Y como cuando las hormigas un ingente montón de trigo
|| saquean recordando el invierno y lo dejan bajo su techo;
|| marcha el negro ejército por las llanuras y el botín entre las hierbas
|| arrastran por una estrecha senda; parte empujan los grandes
|| granos apoyándolos en sus hombros, parte reúnen la tropa
↳ y castigan las tardanzas: todo el sendero hierve con el trabajo.

III.6.- A lo que se dedica Dido: Pide ayuda a su hermana:

410 ¡Qué sentimientos habían en ti, Dido, viendo tales movimientos
o qué gemidos dabas cuando hervir a todo lo ancho la costa
veías desde la alta ciudadela hervir la costa a lo lejos y todo el mar
mezclarse ante tus ojos con tantos clamores!
¡Malvado amor, ¿a qué no obligas a los corazones mortales?

415 A ir de nuevo a las lágrimas, a intentar de nuevo rogando
se ve obligada y a someter suplicante su espíritu al amor,
para no dejar nada sin intentar, muriendo en vano:

“*Ana, ves que se acelera en torno a toda la costa;
de todas partes se reúnen; llama ya la vela a los vientos;
y alegres los marineros pusieron coronas a las popas.
Si este dolor tan grande pude esperarlo,
420 también soportarlo podré, hermana. Sin embargo, en esto solo,
Ana, sígueme a mí, desgraciada; pues sólo a ti ese pérfido
te trata y también a ti te confía sus secretos sentimientos;
tú habías conocido el acceso al hombre y su momento delicado.
Ve, hermana, y suplicante habla a este soberbio enemigo:
425 que yo no juré en Aúlida con los Griegos destruir
la nación troyana o envié mi flota a Troya,
ni borré las cenizas o los Manes de su padre Anquises:
¿por qué niega enviar mis palabras a sus duros oídos?,
¿a dónde corre?; que dé este último regalo a su desgraciada amante:
430 que espere una fácil huida y unos vientos que lo lleven.
No ya la antigua unión que él ha traicionado, te lo ruego,
ni que se prive de la hermosa Italia y abandone aquel reino:
le pido un tiempo muerto, descanso y un momento para mi delirio,
mientras mi fortuna me enseñe a dolerme, vencida.
435 Esta última gracia te pido (compadécete de tu hermana),
cuando me la haya otorgado, se la devolveré crecida con mi muerte.”*

Con tales palabras suplicaba y la desgraciadísima hermana le trae
y le lleva sus llantos. Pero él no se conmueve ante ninguna
lágrima, ni indulgente oye ninguna de sus súplicas;
440 los destinos se oponen y un dios cerró los plácidos oídos del héroe.
¶ Y como cuando los Bóreas Alpinos con sus soplos ora aquí,
|| ora allí pugnan entre sí por arrancar una fuerte encina
|| de añoso tronco; el ruido se propaga y las altas
|| hojas cubren la tierra golpeado el tronco;
445 || ella se adhiere a las rocas y cuanto con su copa a las brisas
|| aéreas, tanto con sus raíces se extiende al Tártaro:
|| no de otro modo con asiduas palabras de aquí y de allí el héroe

|| es golpeado y presiente la preocupación en su gran corazón;
 ℒ su mente permanece inmutable, las lágrimas vuelan inútiles.

IV.- LA MUERTE DE DIDO:

IV.1.- La decisión:

450 Entonces en verdad, la infeliz Dido, espantada por su destino,
 invoca a la muerte; le desagrada ver la bóveda del cielo.
 Para incitarle más su idea y abandonar la luz,
 ve, cuando deposita sus ofrendas en los altares cargados de incienso,
 que (horrible de contar) se ennegrecen las aguas sagradas
 455 y el vino derramado se vierte en funesta sangre.
 Esta visión a nadie, ni a su misma hermana relató.
 Además había en palacio un templo de mármol
 en honor de su antiguo esposo, que veneraba con admirable honor,
 ceñido con niveos vellones y con festiva fronda:
 460 De aquí le parecía oír voces y palabras de su esposo
 que la llamaba, cuando la noche cubría oscura las tierras
 y un búho solitario se quejaba a menudo en los tejados
 con fúnebre canto y ululaba sus continuos gemidos hasta el llanto;
 y además, numerosas predicciones de antiguos adivinos
 465 ⌘ la aterran con terribles avisos. Él mismo, acosa a la enloquecida
 || en sueños, el fiero Eneas y siempre le parece quedarse
 || sola y siempre sin compañía un largo camino
 || recorre y busca a los Tirios en una tierra desierta,
 || como demente ve Penteo la tropa de Euménides,
 470 || y soles hermanos y dos Tebas se muestran,
 || u Orestes, el hijo de Agamenón, perseguido en escena
 || cuando de su madre armada con antorchas y negras serpientes
 ℒ huye y las Furias vengadoras están sentadas en el umbral.

IV.2.- La maga:

475 Así pues cuando, vencida por el dolor, concibió locura
 y decidió morir, el momento y el modo ella misma decide
 consigo misma y dirigiéndose a hablar a su entristecida hermana

disimula su plan con su rostro y serena su esperanza en su frente:

*“Encontré, hermana, el camino (felicitas a tu hermana)
que me lo devuelva o me libre amante de él.*

480 *Justo en el final de Océano, en el ocaso del sol,
está la región más alejada de los Etiópes, donde el enorme Atlas
gira sobre su hombro el cielo ceñido de ardientes estrellas:
me han hablado de una sacerdotisa de allí, de la raza Masilia,
guardiana del templo de las Hespérides y le daba comida*
485 *al dragón y conservaba en el árbol las ramas sagradas
esparciendo líquida miel y soporífera adormidera.
Ésta promete que ella con sus cánticos libera las mentes
que quiera, pero que en otras introduce duras preocupaciones,
que detiene las aguas de los ríos y vuelve hacia atrás los astros;*
490 *e invoca a los nocturnos Manes: verás mugir
bajo sus pies la tierra y bajar de los montes los olmos.
Pongo por testigo a los dioses y a ti, querida hermana, y a tu dulce
cabeza, de que me aferro a las artes mágicas contra mi voluntad.
Tú en secreto levanta una pira en el interior del palacio,*
495 *al aire libre, y coloca sobre el lecho las armas del hombre,
que el impío dejó colgadas, y todos sus vestidos y el lecho
conyugal en el que perecí; destruir todos los recuerdos
de este hombre malvado me agrada y me lo ordena la sacerdotisa.”*

Esto diciendo calla; la palidez cubre su rostro.

500 Ana sin embargo no piensa que su hermana pretexta un funeral
bajo este extraño sacrificio, ni que tanta locura en su mente
concibe o teme más graves desgracias que la muerte de Siqueo.
Así pues, prepara lo ordenado.

IV.3.- La pira:

505 Pero la reina, levantada una gran pira en el interior del palacio
al aire libre con pinos y encina cortados,
cubre el lugar con guirnaldas y lo corona con follaje
fúnebre; encima sobre el lecho los vestidos y la espada
abandonada y la imagen coloca, no desconocedora de lo que será.
Hay altares en torno y la sacerdotisa con los cabellos sueltos

- 510 invoca con voz tronante a los trescientos dioses y a Erebo y a Caos
y a Hécate triple y a los tres rostros de la virgen Diana.
Había derramado también agua que simulaba las fuentes del Averno
y segadas bajo la luna con hoces de bronce son buscadas
hierbas crecientes con leche de negro veneno;
- 515 se busca y es arrancado de la frente de un caballo naciente
y es arrebatado a la madre su placenta.
Dido con la harina sagrada y manos purificadas junto a los altares,
descalza de la sandalia en un solo pie y desceñida de su vestido,
pone como testigos, dispuesta a morir, a los dioses y a los astros
[conoedores
- 520 de su destino. Entonces, si algún dios tiene justicia y recuerdo
de la preocupación del amante con desigual trato, le suplica.

IV.4.- Las dudas de Dido:

- Era noche y los cuerpos cansados gozaban del plácido
sueño por las tierras y los bosques y los feroces mares
estaban descansados, cuando los astros vuelven a medio camino,
525 cuando calla todo el campo, los ganados y las aves coloreadas,
las que habitan a lo lejos los líquidos lagos y las que los campos
erizados de zarzas, dormidas la noche silenciosa.
[Acallaban preocupaciones y corazones olvidados de sufrimientos].
Pero no la infeliz de ánimo, la Cartaginesa nunca
- 530 se entrega al sueño y ni en sus ojos, ni en su corazón recibe
la noche; se doblan sus inquietudes y resurgiendo de nuevo,
se recrudece su amor y fluctúa en un enorme oleaje de iras.
Así tanto más persiste y consigo así en su corazón reflexiona:
“Ay, ¿qué haré?, ¿acaso de nuevo, burlada, recurriré a mis antiguos
535 pretendientes y pediré, suplicante, bodas con los Nómadas
a los que yo tantas veces ya los he desdeñado como maridos?
¿Así pues seguiré a las naves troyanas y las órdenes finales
de los Teucros? ¿Acaso porque los he favorecido antes de partir
y bien queda mi favor entre los que se acuerdan de un viejo hecho?
540 ¿Pero quién, imagina que quiero, me lo permitirá y en sus soberbias
naves me recibirá odiosa? ¿No conoces, ay desgraciada, aún no
adviertes la perfidia de la raza de Laomedonte?

*¿Qué pues? ¿Sola en su huida acompañaré a los marinos
[triunfantes?*

545 *¿O los perseguiré acompañada por los Tirios y por toda la tropa
de los míos y a los que apenas he arrancado de la ciudad Sidonia
de nuevo los llevaré por mar y les ordenaré dar velas a los vientos?
¡Muere, mejor, como mereces, y pon fin a tu dolor con la espada!
Tú, vencida por mis lágrimas, tú primera, hermana, cargaste
a esta enloquecida con mis males y me entregaste al enemigo.
550 No se me ha permitido pasar una vida privada de lecho
sin sufrir como las fieras y no sufrir tales pasiones;
no fue conservada la lealtad prometida a las cenizas de Siqueo.”*

Tantas quejas prorrumpía ella en su pecho.

IV.5.- Los dioses vuelven a decirle al dormido Eneas que se vaya:

555 Eneas en la alta popa, decidido ya a marcharse,
gozaba del sueño, realizados ya los preparativos ritualmente.
A éste, la imagen del dios que volvía con la misma apariencia
se le presentó en sueños y de nuevo así le pareció que le advertía,
en todo similar a Mercurio, en la voz y en el color,
y en los rubios cabellos y en sus miembros bellos de juventud:
560 “Hijo de una diosa, ¿puedes en esta situación conciliar el sueño
y no ves qué peligros además se alzan a tu alrededor,
insensato, ni oyes que los céfiros soplan favorables?
Ésa, revuelve en su pecho engaños y un cruel crimen,
resuelta a morir, y suscita oleajes inconstante de su ira.
565 ¿No huyes de aquí de cabeza mientras hay posibilidad de darse
[prisa?

*Verás que ya el mar se agita bajo tus naves y lucir
cruelas antorchas y que ya la costa resplandece con las llamas,
si la Aurora te encontrara deteniéndote en estas tierras.
Ea, vamos, rompe la tardanza. Inconstante e mudable es siempre
la mujer.”* Así hablando se confundió con la oscura noche.

Entonces Eneas aterrado de verdad por este súbito fantasma
saca del sueño su cuerpo y hostiga a sus compañeros
a apresurarse: “*Despertad, hombres, y sentaos en los bancos;*

575 *desplegad rápidos las velas. Un dios enviado desde el alto cielo
 he aquí que de nuevo me impulsa a acelerar la fuga
 y a cortar las retorcidas amarras. Te seguimos, santa divinidad,
 cualquiera que seas, y de nuevo obedecemos a tu orden contentos.
 Asístenos y sé favorable y con tu diestra por el cielo
 dirige los astros.” Dijo y de la vaina sacó su espada
 580 brillante y con el hierro desenvainado hirió los cables.
 El mismo ardor se apodera a la vez de todos y se precipitan y corren;
 la costa abandonaron, desaparece bajo las naves el mar,
 voltean esforzados las espumas y barren las azuladas aguas.*

IV.6.- La maldición de Dido:

Y ya empezaba a rociar las tierras con luz nueva
 585 Aurora abandonando el lecho purpúreo de Titono.
 La reina cuando vio alborear la primera luz desde el mirador
 y que las naves avanzaban con las velas desplegadas
 y notó la ribera y el puerto vacíos sin remeros,
 y tres y cuatro veces golpeando con su mano su hermoso pecho
 590 y mesándose sus rubios cabellos “*¡Por Júpiter!, ¿se marchará
 éste -dijo- y se habrá burlado extranjero de mi reino?
 ¿no prepararán las armas y le perseguirán desde toda la ciudad
 y otros destruirán sus naves con los armas navales? ¡Id,
 lanzad rápidos llamas, disparad dardos, empujad los remos!*
 595 *¿Qué digo?, ¿o dónde estoy?, ¿qué locura cambia mi mente?
 Infeliz Dido, ¿ahora te conmueven las impías hazañas?
 Entonces debió, cuando le dabas el cetro. ¡He aquí la diestra
 y la fidelidad del que dicen que lleva consigo los Penates patrios
 y que subió en sus hombros a su padre agotado por los años!*
 600 *¿Es que no pude destrozar su cuerpo desgarrado y en las aguas
 esparcirlos?, ¿no a sus compañeros, no al mismo Ascanio aniquilarlo
 con mi espada y ponerlo en la mesa paterna para comer?
 Pero la suerte del envite habría sido dudosa. ¡Que lo hubiese sido!
 ¿a quién temí, si iba a morir? A su campamento hubiese llevado
 605 antorchas, hubiese llenado el foro con llamas, y a su hijo y a su
 [padre
 hubiese extinguido con su linaje y arrojado yo misma sobre ellos.*

Sol, que con tus rayos iluminas todos los trabajos del mundo,
 y tú, Juno, mediadora y testigo de estas desgracias,
 y Hécate, invocada en las encrucijadas nocturnas por las ciudades,
 610 y Furias vengadoras y dioses de la agonizante Dido,
 escuchad esto, prestad merecida atención a mis males
 y escuchad mis súplicas. Si que toque puerto
 esta maldita persona y que llegue a tierra es necesario
 y así lo piden los destinos de Júpiter y este final es inmutable,
 615 al menos que vejado en la guerra y las armas de un pueblo audaz
 y arrojado de sus fronteras, y arrancado del abrazo de Julo
 tenga que implorar auxilio y vea de los suyos indignos
 funerales; y que, cuando se haya rendido bajo las leyes de una paz
 desfavorable, no disfrute del reino ni de la luz deseada,
 620 sino caiga antes de su día e insepulto en medio de la arena.
 Esto os pido, esta última palabra vierto con mi sangre.
 En su día, vosotros, Tirios, excitad toda vuestra estirpe y linaje
 futuros al odio y enviad a mis cenizas este
 regalo. ¡No sean ninguna amistad ni pactos entre nuestros pueblos!
 625 Nazcas de mis huesos tú, un vengador,
 quien persiga con el fuego y el hierro a los colonos troyanos,
 ahora, después, y en cualquier tiempo que haya fuerzas.
 Deseo enemiga tu costa de su costa, tus aguas de sus mares,
 tus armas de sus armas; que luches tú mismo y tus nietos.”

IV.7.- La muerte de Dido:

630 Esto dice, y desviaba su pensamiento hacia todas partes
 buscando apagar cuanto antes su odiosa luz.
 Entonces brevemente habló a Barcé, nodriza de Siqueo,
 pues la suya la tenía en su antigua patria la negra ceniza:
 “Mi querida nodriza, trae aquí a mi hermana Ana;
 635 dile que se apresure a purificar su cuerpo en aguas fluviales
 y que traiga consigo las víctimas y las ofrendas indicadas.
 Que venga así, y tú misma cubre tus sienes con banda sagrada.
 Los sacrificios a Júpiter Estigio, que ritualmente comencé,
 es mi intención terminarlos y poner fin a mis preocupación
 640 y entregar a las llamas la pira del héroe Dardanio.”

Así dice. Y ella aceleraba su andar con afán anciano.
Pero Dido, nerviosa y fiera por sus planes crueles,
revolviendo su mirada sanguínea, rociada de manchas
por sus mejillas temblorosas y pálida por la muerte futura,
645 irrumpió a los interiores umbrales de palacio y a la alta
pira subió furibunda y desenvainó la espada
Dardania, regalo no ofrecido para estos usos.
Aquí, después que los vestidos troyanos y el conocido lecho
vio, abandonándose un momento a las lágrimas y a las reflexiones,
650 se arrojó sobre el lecho, y dijo sus últimas palabras:
*“Dulce botín mientras los destinos y un dios lo permitían,
recibid esta alma y liberadme de estos sufrimientos.
Viví y el camino que la fortuna me había dado seguí,
y ahora mi gran sombra irá bajo tierra.
655 He fundado una magnífica ciudad, he visto mis murallas,
vengando a mi marido fui castigada por mi hermano, enemigo;
feliz, ay, demasiado feliz, si tan sólo las quillas
dardanias nunca hubiesen tocado nuestras costas.”*
Dijo, y oprimiendo sus labios en el lecho: *“Moriremos sin venganza,
660 pero muramos.”* dice *“Así, así me agrada ir bajo las sombras.
Que el cruel Dardanio desde alta mar grave en sus ojos
este fuego y se lleve consigo los presagios de nuestra muerte.”*

Había dicho, y entre tales palabras la ven bajo el hierro
caerse sus esclavas y la espada de sangre espumeante
665 y sus manos manchadas. Un clamor asciende hasta los altos
atrios. La Fama corre como bacante a través de la conmovida ciudad.
Con lamentos y gemidos y gritos de mujeres
las casas braman, resuena el cielo con grandes lamentaciones,
no de otro modo que si toda Cartago cayera bajo los enemigos
670 entrados o la antigua Tiro, y las llamas enfurecidas
se propagasen por los techos de los hombres y de los dioses.

IV.8.- Ana recoge el alma de Dido:

Lo escuchó exánime su hermana y espantada, en temblorosa
carrera, arañándose el rostro con las uñas y el pecho con los puños,

se lanza entre medio y clama por su nombre a la que muere:

- 675 “*¿Esto, hermana, era aquello?, ¿me pedías ayuda con engaño?,
¿esto me preparaba esa pira, esto los fuegos y los altares?,
¿de qué primero me quejaré abandonada?, ¿a tu hermana*
[compañera
desdeñaste al morir? Si me hubieras llamado al mismo destino,
el mismo dolor y la misma hora hubiese llevado a ambas al hierro.
680 *¿Pero con estas manos levanté la pira e invoqué con mi voz*
a los dioses patrios, para así, cruel, estar yo ausente de ti yacente?
Te mataste a ti y a mí, hermana, y a tu pueblo y a los Padres
Sidonios y a tu ciudad. Dadme, sus heridas con agua
lavaré y, si algún último hálito aún vaga,
685 *lo cogeré con mis labios.*” Hablando así había subido los altos escalones
y estrechaba sus abrazos a su hermana medio muerta en su regazo
con un gemido y secaba con su vestido la negra sangre.
Dido, intentando levantar sus pesados ojos, de nuevo
se desvaneció, y bajo su pecho la herida clavada resonó.
690 Tres veces levantándose y apoyándose con el codo se elevó,
tres veces volvió a caer sobre el lecho y con ojos errantes en el alto
cielo buscó la luz y gimió encontrada.

- Entonces Juno omnipotente compadeciéndose de su largo dolor
y de tan difícil muerte, envió desde el Olimpo a Iris
695 quien cortase la vida que agoniza y los miembros atados.
Pues porque no perecía por destino ni con muerte merecida,
sino desgraciada antes de tiempo y encendida por una súbita locura,
Proserpina todavía no le había arrancado el dorado cabello
de su cabeza, ni había consagrado su cabeza al Orco Estigio.
700 Iris, pues, llena de rocío con sus alas azafranadas por el cielo
dejando tras sí mil variados colores al sol contrapuesto
baja volando y se para sobre su cabeza. “*Yo llevo esta ofrenda*
cumpliendo órdenes a Plutón y te libero de este cuerpo.”
Así dice y con su diestra corta el cabello y al mismo tiempo todo
705 el calor se desvanece y a los vientos su vida se va.

IV.- PREGUNTAS DEL TRABAJO DE LA 1ª EVALUACIÓN:**IV.1.- El mito de Apolo y Dafne:**

- 1ª.- Resumen (1 punto):
- 2ª.- La Metamorfosis (2 puntos):
- 3ª.- Influencia posterior y evolución del mito (3 puntos):
- 4ª.- Los símiles largos (3 puntos):
- 5ª.- Valoración literaria-personal (1 punto):

IV.2.- El mito de Píramo y Tisbe:

- 1ª.- Resumen (1 punto):
- 2ª.- La Metamorfosis (2 puntos):
- 3ª.- Influencia posterior y evolución del mito (3 puntos):
- 4ª.- Los símiles largos (3 puntos):
- 5ª.- Valoración literaria-personal (1 punto):

IV.3.- El mito de Perseo y Andrómeda:

- 1ª.- Resumen (1 punto):
- 2ª.- La Metamorfosis (2 puntos):
- 3ª.- Influencia posterior y evolución del mito (3 puntos):
- 4ª.- Los símiles largos (3 puntos):
- 5ª.- Valoración literaria-personal (1 punto):

V.- PREGUNTAS DEL TRABAJO DE LA 2ª EVALUACIÓN:

- 1ª.- Resumen de Eneida II:** (1 puntos)
- 2ª.- Los símiles largos:** (2.5 puntos)
- 3ª.- La heroicidad de Eneas (Relación Dioses-Hombres) I:** (2.5 puntos)
- 4ª.- La influencia de este libro en la cultura de la Humanidad:** (3 puntos)
- 5ª.- Valoración personal:** (1 puntos)

VI.- PREGUNTAS DEL TRABAJO DE LA 3ª EVALUACIÓN:

- 1ª.- Resumen:** (1 punto)
- 2ª.- Los síntomas del amor:** (2 puntos)
- 3ª.- Los símiles largos:** (2 puntos)
- 4ª.- La heroicidad de Eneas (Relación Dioses-Hombres) II:** (2 puntos)
- 5ª.- La influencia de este libro en la cultura de la Humanidad:** (2 puntos)
- 6ª.- Valoración personal:** (1 punto)